

---

# El deporte en Grecia y Roma\*

## Sport in Greece and Rome.

FERNANDO GARCÍA ROMERO

Universidad Complutense de Madrid

[fgarcia@uclm.es](mailto:fgarcia@uclm.es)

DOI: 10.48232/eclas.164.01

### 1. La práctica del deporte, una de las señas de identidad de la Grecia antigua

Hablando de la extraordinaria presencia del deporte en las sociedades contemporáneas, el sociólogo francés Alain Ehrenberg afirma lo siguiente:

El deporte moderno ha inventado los dioses del estadio. Sus nombres se acumulan llenando por completo nuestra vida cotidiana. Todas esas estrellas, todos esos campeones, son a veces propiedad colectiva de un pueblo que se identifica con ellos.

Pero los dioses del estadio no son un invento *ex nihilo* del deporte moderno. En todo caso, podríamos decir que las sociedades contemporáneas han «reinventado» una figura que ya había sido creada por el deporte antiguo; y entre los dioses de los estadios antiguos y contemporáneos hay sin duda un vínculo histórico, porque el deporte griego antiguo fue el modelo sobre el que se creó el deporte moderno en el siglo XIX y las competiciones deportivas romanas anticipan en dos milenios las características principales de los grandes espectáculos deportivos de nuestro tiempo. Del deporte griego y romano antiguo, en efecto, también se podría decir que en cierto modo «llenaba por completo la vida cotidiana», y para él vale igualmente lo que Richard Mandell comenta a propósito del deporte actual en el prefacio de su *Historia cultural del deporte*:

The significance or at least ubiquitousness of sport in the twentieth century is almost burdensomely obvious. Sports education, sports equipment, sports architecture, sports journalism and sports theater are large enterprises in every modern nation.

\* Esta introducción resume lo expuesto con mayor pormenor en García Romero 2019.

También en la sociedad griega antigua el deporte era omnipresente en los más variados y esenciales aspectos (la educación, la medicina, la religión, la vida cotidiana, la literatura y las artes plásticas, etc. etc.) y tenía grandes repercusiones sociales, políticas y económicas; reflejo de ello es su relevante papel en el arte griego y su continua presencia en los textos (literarios, epigráficos o documentales) desde los poemas homéricos hasta el final de la Antigüedad, ya sea mediante referencias explícitas a hechos relacionados con el deporte o bien mediante el uso de léxico deportivo y metáforas tomadas del mundo del deporte.

¿Por qué en la Grecia antigua se atribuía tanta importancia a la práctica de ejercicios físicos y a las competiciones deportivas? Esta pregunta tiene, por supuesto, diversas respuestas. La primera y más obvia es que los antiguos practicaban el deporte porque es bueno para la salud (y no sólo para la salud física, sino también para la salud intelectual y para la educación moral, como leemos con frecuencia en los escritos de médicos y filósofos; véase Vegetti 1987, García Romero 2013) y también porque es divertido (y, efectivamente, mucho se divierten ya Nausícaa y sus compañeras jugando a la pelota en *Odisea* 6).

Pero en la Antigüedad la práctica del deporte tiene también un esencial valor simbólico. Para los griegos la práctica *organizada* del deporte (el concepto de organización es clave: Navarro González 2005) supone una de las manifestaciones que indican que una sociedad ha alcanzado un alto grado de civilización. Una sociedad sin deporte no sería una sociedad civilizada, porque la práctica organizada del deporte, de acuerdo con unas reglas, es uno de los rasgos que caracterizan a una sociedad civilizada frente a una sociedad sin civilizar (y caracteriza en concreto a la civilización griega)<sup>1</sup>. Una sociedad civilizada se caracteriza porque las relaciones entre los individuos están reguladas por unas leyes que les permiten convivir sin matarse los unos a los otros. En ella no prevalece la fuerza bruta, la ley del más fuerte, sino la justicia y el mutuo respeto (esos dos conceptos que permiten la vida en comunidad en el célebre relato que Platón pone en boca de Protágoras en el diálogo homónimo, 322c ss.). Por eso, en una sociedad no civilizada los hombres luchan de una manera descontrolada y predomina la simple fuerza bruta. En cambio, en una sociedad civilizada incluso la fuerza física se encuentra sometida al control

<sup>1</sup> Para un tratamiento general de la relación entre deporte y civilización, Dunning y Rojek 1992. Para el mundo antiguo en concreto, Weiler 1981: 35-38; también Poliakoff 2021. Véase el ensayo de Ortega y Gasset, «El origen deportivo del Estado» (1946), en *Obras completas*, Madrid, Taurus, 1996, II 607-624.

de unas normas que permiten que la fuerza bruta pueda ser controlada y dominada, igual que en las competiciones deportivas la simple fuerza física se ve contrarrestada por la inteligencia y la habilidad, manifestadas en el dominio de unas técnicas. Por eso, en una ciudad griega no faltan nunca los lugares para la práctica del deporte (Kennell 2021), como tampoco faltan otras instituciones que también significan civilización, como el ágora, el teatro o los tribunales de justicia (y la ciudad, la capacidad de vivir en comunidad, es la culminación del proceso de civilización, como nos enseña Protágoras en el pasaje recién citado). No hay, pues, ciudad griega sin gimnasio, ya sea en el mundo real, ya sea en el mundo del mito: cuando Diodoro de Sicilia (4.29–30) relata la fundación mítica de una colonia griega en Cerdeña, cuenta que Heracles encomendó la tarea a Yolao y que este

hizo la tierra cultivable y plantó árboles frutales [...] y llevó a cabo todo cuanto necesitaba la colonia y, tras haber hecho venir a Dédalo desde Sicilia, realizó muchas y grandes obras, que han llegado hasta nuestros días [...] Construyó grandes y magníficos gimnasios, e instituyó tribunales y otras instituciones que tenían como objetivo la felicidad de la colonia.

Más adelante (5.15), Diodoro retoma el relato e insiste en que Yolao «instituyó gimnasios, templos en honor de los dioses y todo lo que hace feliz la vida de los hombres». Así pues, Yolao «civiliza» un territorio mediante la fundación de una ciudad, y lo dota de todas aquellas actividades, construcciones e instituciones que hacen que la convivencia humana sea «civilizada»: la agricultura, los tribunales de justicia y otras instituciones políticas, templos en honor de los dioses y, por supuesto, gimnasios.

Esta idea de que el deporte es señal de civilización la expresaron los griegos a través del mito, en concreto a través de relatos míticos en los que los héroes civilizadores hacen uso de su dominio de las técnicas de diversas disciplinas deportivas (de las que a menudo son considerados inventores) para enfrentarse y derrotar a bárbaros incivilizados que únicamente pueden oponer su descomunal fuerza bruta<sup>2</sup>. La estructura general de estos relatos míticos suele ser la misma: terroríficos monstruos u hombres incivilizados y salvajes siembran el terror asesinando a inocentes, retan al héroe a una competición deportiva, éste vence, y la derrota del malvado supone el triunfo de la civilización sobre la barbarie, haciendo del mundo un lugar mejor, más pacífico y más justo, más civilizado en definitiva.

<sup>2</sup>Weiler 1974: *passim*, sobre todo 129 ss.; García Romero 2014.

Es la historia de Heracles contra Anteo o contra el león de Nemea, a los que vence empleando las técnicas de la lucha deportiva, igual que Teseo para derrotar a Cerción y a Escirón; es también la historia de la derrota de Ámico ante un Polideuces que acaba con su soberbia con su dominio de las artes pugilísticas, las mismas que emplea Apolo para acabar con los crímenes de Forbante; y es, en fin, la historia de la victoria de Pélope sobre Enómao en una carrera de carros, para conmemorar la cual el vencedor fundó los Juegos Olímpicos, como relata Píndaro en la *Olímpica* 1. Porque, efectivamente, resultado final de algunos de estos relatos míticos es la fundación de las grandes competiciones deportivas: los Juegos Olímpicos por Pélope, los Nemeos por Heracles, las Panateneas y los Juegos Ístmicos (según una tradición ateniense) por Teseo.

## 2. Evolución del deporte griego

Las características de la práctica del deporte en la Grecia antigua y sus repercusiones sociopolíticas y económicas fueron evolucionando en consonancia con los cambios que las estructuras sociales y políticas experimentaron en el curso de más de mil años de historia (1500 si incluimos lo que podemos deducir del deporte en las épocas minoica y micénica a través de los datos que nos proporcionan la arqueología y las artes plásticas).

### 2.1. *Época arcaica: deporte aristocrático*

La *Ilíada* y la *Odisea* no son únicamente el comienzo de la literatura europea, sino también el inicio de nuestra «literatura deportiva». En los poemas homéricos encontramos, junto a otras referencias menores a la práctica del deporte, dos extensas descripciones de competiciones deportivas, que se desarrollan, además, en dos contextos diferentes especialmente interesantes y significativos para nuestros efectos<sup>3</sup>. Por un lado, tenemos los juegos fúnebres en honor de Patroclo, descritos con grandes pormenores en el canto 23 de *Ilíada* (la primera gran crónica deportiva de nuestra tradición cultural), que naturalmente son una referencia fundamental para quienes postulan los rituales funerarios, junto con los relacionados con ritos de paso a la edad adulta, como uno de los orígenes de las competiciones deportivas (véase últimamente Nagy

<sup>3</sup> Véase, entre la abundante bibliografía que han suscitado las descripciones deportivas homéricas, García Romero, 1992: 29 ss.; Decker 2012: 22–31; Perry 2014; Kyle 2015: 53–69; Papakonstantinou 2019: 24–33; Nagy 2021.

2021: 287–290). Por otro lado, en el canto 8 de *Odisea* el poeta narra las competiciones deportivas que organizan los feacios como complemento y culminación del banquete que ofrecen a Ulises, de manera que en ese pasaje encontramos reunidas las dos actividades que Fisher (1998: 85) define como «los dos componentes centrales del estilo de vida tradicional de la aristocracia de época arcaica»<sup>4</sup>: la comensalidad formal y el entrenamiento atlético y la competición. Efectivamente, en ambas ocasiones, tanto en el campo de batalla troyano como en la idílica ciudad en paz de los feacios, quienes participan en las competiciones deportivas son los miembros de las élites aristocráticas, lo cual no constituye obviamente ninguna sorpresa, porque, en primer lugar, el mundo que describe Homero es casi siempre el mundo de la nobleza, pero además, en general, la práctica del deporte es una actividad característica del modo de vida de los aristócratas de época arcaica. No obstante, los poemas homéricos también atestiguan ocasionalmente (*Ilíada* 2.771–775, *Odisea* 18.22 ss.) la extensión de la práctica del deporte a otras clases sociales, quizá como anticipo o inicio de un proceso que cobrará forma sobre todo a partir del siglo VI a.C. (Christesen 2007) y culminará en los siglos sucesivos con la popularización de la práctica del deporte, que se extiende a otros estratos de la sociedad, y el desarrollo de un deporte profesional.

Esparta supone un caso aparte. El régimen político de que se dotó Esparta dio como resultado una situación diferente al resto de las ciudades griegas, también en lo que respecta a la educación física y la práctica del deporte<sup>5</sup>. El régimen espartano creó, en efecto, un auténtico «deporte de estado», en el sentido de que el estado se preocupaba de fomentar, dirigir y controlar la formación física y la práctica del deporte entre todos sus ciudadanos (y también sus ciudadanas, y esto sí que es una excepción en el mundo antiguo<sup>6</sup>), con el convencimiento de que la práctica del deporte era fundamental para la buena marcha de la comunidad ciudadana y para su futuro. Esparta fue probablemente la primera ciudad griega sobre la que estamos informados que planificó de manera metódica un sistema educa-

<sup>4</sup> Cf. Papakonstantinou 2019: 25–26: «In the Homeric epics the elites are the landowning gentry who actively engage in a number of hallmark practices, including political and military leadership, but also leisure and other cultural practices such as feasts, sport and facets of *xenia* (i.e. ritualized friendship), that distinguish them from the remainder of the population». Véase también Golden 1998; Mann 2001; Nicholson 2005.

<sup>5</sup> Scanlon 1988; Kennell 1995; Hodkinson 1999; Christesen 2014a y 2018; García Romero 2016; Cartledge 2021; Fornis Vaquero 2022. A un significativo aspecto del deporte espartano dedica María del Mar Rodríguez Alcocer su contribución al presente volumen.

<sup>6</sup> Véase ahora un completo estudio en la tesis doctoral de Rodríguez Alcocer (2018).

tivo para sus ciudadanos, un sistema educativo que niños y jóvenes debían seguir obligatoriamente, porque en Esparta, a diferencia de lo que ocurría en Atenas, la educación era competencia y preocupación del estado y no de los particulares. Y en ese sistema educativo la formación física ocupaba un lugar primordial. En el aspecto positivo, el entrenamiento de los espartanos procuraba un desarrollo físico completo, de todo el cuerpo, de manera que, como afirma Jenofonte (*Lac.* 5.9), «no se podrían encontrar fácilmente quienes sean más saludables y de cuerpos mejor formados que los espartanos, pues ejercitan por igual piernas, brazos y cuello» (y lo mismo podría decirse a propósito de las mujeres espartanas). Como consecuencia de ello, hasta el siglo VI a.C. los espartanos parecen haber sido los grandes dominadores de los Juegos Olímpicos, a juzgar por el hecho de que, de acuerdo con las cuentas de Harris (1964: 220 ss.), de las 66 victorias olímpicas conocidas entre 776 y 600 a.C., justamente la mitad de ellas, 33, fueron a parar a manos espartanas, y por su parte Cartledge (2021: 370) afirma que hasta mediados del siglo VI pueden contabilizarse 45 victorias olímpicas espartanas. Sin embargo, a partir de ese momento Esparta deja de producir campeones olímpicos, excepto en pruebas hípicas, un hecho que causa extrañeza y para el que se han sugerido diferentes explicaciones:

for whatever reason —and there could be many, apart from a possible loss of Spartan interest or fall-off in athletic dedication— thereafter for the next two centuries what is striking rather is the Spartans' exceptional success in a very different kind of equestrian competition (Cartledge, *loc. cit.*).

## 2.2. *Época clásica. «Democratización» de la práctica del deporte*

El régimen democrático ateniense se sustentaba en la idea de que todos los ciudadanos tenían el derecho (y el deber) de participar de la vida política con independencia de la clase social a la que pertenecieran. El ideal de la «igualdad legal» (*isonomía*) no pretendía tan sólo que se extendieran al resto de los ciudadanos los derechos políticos que antes estaban reservados únicamente a la aristocracia, sino también que se extendiera a otras clases sociales el modo de vida de los nobles, entre cuyas actividades características se encontraba, como hemos apuntado, la práctica del deporte.

Obviamente se trata de una aspiración ideal, que sólo hasta cierto punto se hizo realidad. Por lo que se refiere en concreto al aspecto que ahora nos interesa, es decir, la posible extensión a otras clases sociales de una actividad característica del modo de vida aristocrático como era la práctica del deporte y la participación en las competiciones deportivas, se ha

discutido mucho en qué medida ese ideal se cumplió en la Atenas clásica (sobre otras ciudades, nuestra información es mucho más escasa) y si existe una relación directa entre la expansión de la práctica del deporte y la consolidación del régimen democrático, que es el tema que aborda Christian Mann en su contribución al presente volumen. Así, estudiosos como Fisher (1998 y 2018), Christesen (2012, 2014b), Kyle (1987, 2014a) o Mann (2001) sostienen que la práctica del deporte y la participación en las competiciones estuvieron relativamente extendidas en la Atenas del siglo v a.C. entre las diversas clases sociales. Por el contrario, Pritchard (2013) defiende la idea de que siguieron siendo coto exclusivo de una reducida élite de ciudadanos privilegiados. En mi opinión, los datos de que disponemos apuntan más bien hacia la opción que defiende una difusión relativamente extensa de la práctica del deporte. Ese proceso se habría iniciado ya en el siglo vi con la creación de gimnasios públicos, que habría proporcionado a los ciudadanos espacios destinados específicamente para la práctica cotidiana del deporte<sup>7</sup>. En la Atenas del siglo v a.C. existían tres gimnasios públicos (Academia, Liceo y Cinosarges), a los que se sumaba un número indeterminado de palestras privadas. Además, a finales del siglo vi y en las primeras décadas del v se crearon un buen número de festivales que incluían competiciones deportivas (Nielsen 2014) y en los que habrían podido participar un número elevado de atletas, que difícilmente pudieron haber salido únicamente de las élites sociales y económicas<sup>8</sup>. Y a favor de una amplia extensión de las prácticas deportivas en la Atenas clásica apunta también el hecho de que a partir del siglo vi las escenas deportivas se hacen tan frecuentes en el arte griego que llegan a convertirse en uno de sus motivos favoritos (González Aja 2000, así como su contribución al volumen; Brulé 2006; Neils 2014).

En todo caso, fuese cual fuese la magnitud de la extensión de la ejercitación física entre la ciudadanía ateniense de época clásica, un texto de Aristóteles (*Pol.* 4, 1297a14ss.) confirma que el acceso a la práctica del deporte se erigió en uno de los símbolos de la igualdad política, junto con la participación en la asamblea popular, el acceso a las magistraturas y a los tribunales de justicia, y el derecho a portar armas. Aristóteles está reflexionando sobre las relaciones entre las clases sociales en los distintos regímenes políticos, y habla de las estratagemas de las que se valen los

<sup>7</sup> Fisher 1998; Miller 2004: 33–45, y 2014; Fagan 2021; Kennell 2021.

<sup>8</sup> Fisher 1998; Kyle 1987: 40–48 y 2014a: 160–166; Christesen 2014b: 218–219. Nielsen documenta al menos 155 festivales deportivos en el mundo griego en épocas arcaica y clásica (véase su artículo recogido en este volumen).

ricos para hacer creer al pueblo que hay igualdad. Son, dice Aristóteles, cinco: las que tienen que ver con la asamblea, con las magistraturas, con los tribunales de justicia, con las armas y con la práctica del deporte:

En lo que se refiere a la asamblea, se permite a todos formar parte de ella, pero, si no asisten, se impone una multa a los ricos, únicamente a ellos o mucho mayor a ellos. En lo que se refiere a las magistraturas, a los que tienen rentas no se les permite negarse a desempeñarlas, mientras que sí se permite a quienes carecen de recursos. En lo que se refiere a los tribunales de justicia, se multa a los ricos si no administran justicia, y en cambio quienes carecen de recursos gozan de impunidad, o bien se impone una multa grande a los unos y pequeña a los otros, como en las leyes de Carondas [...] De la misma manera se legisla a propósito de la posesión de armas y de la práctica del deporte. A quienes carecen de recursos no les está permitido poseerlas, y en cambio se impone una multa a los ricos si no las poseen; y si no se practica el deporte, a aquellos no se les impone ninguna multa y en cambio los ricos son multados, para que estos, por la multa, practiquen el deporte, y en cambio los otros, por no temerla, no lo hagan. Esas son las estrategias de la legislación oligárquica; en las democracias se idean estrategias contrarias a esas.

En definitiva, tal vez no sea exagerado decir, con Paul Christesen (2014b: 211–213), que

el deporte, promoviendo una sensación de igualitarismo y unidad entre los miembros empoderados de las comunidades en proceso de democratización, desempeñó un papel importante en la consolidación y extensión de la democratización en la antigua Grecia, sirviendo como modelo de y para relaciones de igualdad, promoviendo la competición en la que prevalecía la meritocracia, actuando como una fuente de capital social y promoviendo la cohesión.

A favor de una amplia extensión de la práctica del deporte entre diferentes clases sociales pudiera hablar también la implantación de la ejercitación física en el sistema educativo ateniense de época clásica (al menos en lo que respecta a la educación de los varones)<sup>9</sup>. Como documentan diversos textos de Platón (*Thg.* 122e, *Alc.* 1 106e) y Aristóteles (*Pol.* 8, 1337b23-25), la educación física era uno de los tres pilares sobre los que se asentaba la enseñanza, junto con la lectura, escritura y cálculo (comprendiendo literatura y matemáticas) y la música. No obstante, también se ha discutido

<sup>9</sup> Sobre la educación de las mujeres nuestra información es escasísima, incluso para Atenas; véase Cole 1981; Dillon 2013; García Romero 2016.



mucho en los últimos 25 años hasta qué punto estaba extendida la educación física escolar entre las clases medias y bajas de la población de Atenas en los siglos V-IV a.C. En efecto, dado que cada una de las tres materias generales era impartida por un maestro distinto, a quien pagaban individualmente las familias de sus alumnos y que recibía a estos en su propia casa (no había un centro educativo público financiado por el estado<sup>10</sup>) y dado también que el estado no obligaba a escolarizar a los niños, sino que eran los padres quienes decidían libremente cuántos años enviaban a sus hijos a la escuela y qué asignaturas cursaban (y dice Aristóteles, *Pol.* 7-8, 1337a4ss., que lo mismo ocurría en la mayoría de las ciudades griegas), especialistas como Beck (1964: 72 ss.), Golden (1998), Pritchard (2013 y 2021) y Petermandl (2014: 238) han defendido la idea de que quizá la educación física no estuviera tan extendida como se cree tradicionalmente, porque las familias menos pudientes enviarían a sus hijos únicamente a los maestros que les instruían en la educación básica necesaria (es decir, al maestro de letras, literatura y matemáticas básicas), y mucho más raramente y durante menos años a los maestros de música y de educación física. En todo caso, tanto los médicos como los pensadores que diseñan ciudades ideales, como Platón y Aristóteles, prescriben unánimemente la ejercitación física y la práctica del deporte por parte de los ciudadanos como medio de adquirir y mantener la salud y también de desarrollar cualidades morales e intelectuales, y recomiendan su práctica no sólo durante la etapa de formación sino durante toda la vida, hasta la vejez, y la prescriben incluso para las mujeres embarazadas, en la idea de que en su caso la práctica regular de ejercicios físicos contribuye decisivamente a resistir mejor los esfuerzos del parto y a dar a luz hijos sanos (*Pl. Lg.* 7, 789d-e; *Arist. Pol.* 7, 1335b)<sup>11</sup>.

También se ha discutido muchísimo en los últimos decenios, desde los estudios seminales de Henri Willy Pleket, otra cuestión relacionada con la difusión del deporte en la Grecia clásica: la extensión social de la participación en competiciones atléticas y la posible creación de un deporte «profesional» en la Grecia clásica (Pleket 1975, 2001 y 2004; Young 1984 y 2014; Bernardini 1988: XIII ss.; Kyle 1998 y 2007: 205-210;

<sup>10</sup> Cf. Petermandl 2014: 238; García Romero 2019: 86-91; Pritchard 2021: 633 ss. Sobre los conceptos de público y privado referidos a la educación, véase Griffith 2001.

<sup>11</sup> Véase Vegetti 1987; García Romero 2013 y 2019: 14-27 y 115-131; Petermandl 2014: 238; Bertolín Cebrián 2020. A un novedoso aspecto de la relación entre medicina y deporte en la Antigüedad dedica Reyes Bertolín su contribución a este volumen.

Golden 1998: 141–175; Pritchard 2013: 35–46; García Romero 2019: 92–111; Mann 2020; D'Amore 2021).

Se reconoce unánimemente que en época arcaica la práctica del deporte y la participación en las competiciones deportivas era un privilegio exclusivo (o, según David Young y otros, casi exclusivo) de la aristocracia. La cuestión que se debate es si en el siglo v a.C. la extensión de la práctica del deporte a otras clases sociales (en mayor o menos medida, según apuntamos más arriba) conllevó que se extendiera también a esas otras clases sociales la posibilidad de participar en las competiciones deportivas de manera habitual y se llegara en última instancia a la creación de un «deporte profesional».

Ya desde los homéricos juegos funerarios en honor de Patroclo tenemos documentados para las competiciones deportivas griegas premios con valor económico, sea dinero en metálico o recompensas con valor material (los premios que ofrece Aquiles en *Ilíada* 23 o las ánforas llenas de aceite que obtenían los vencedores en las Panateneas<sup>12</sup>). Esos premios podían ser concedidos por la propia organización de los juegos, o bien (en el caso de los cuatro grandes Juegos Panhelénicos, para los que estaban establecidos únicamente premios simbólicos consistentes en coronas vegetales) podía tratarse de recompensas con las que las ciudades mostraban su agradecimiento a los atletas que las hubieran honrado y dado lustre con sus triunfos deportivos (véase la contribución de Nielsen a este volumen). Nos dicen nuestras fuentes (Plu. *Sol.* 23.3; D. L. 1.55) que ya en la Atenas de la primera mitad del siglo vi a.C. las leyes de Solón establecían la concesión de una cantidad de dinero considerable para los atletas atenienses vencedores en los Juegos Olímpicos y los Juegos Ístmicos (500 y 100 dracmas respectivamente). Además, el erario público podía costear la erección de una estatua del atleta, que disfrutaba también de otras ventajas, como la concesión de algunos privilegios que estaban reservados exclusivamente a un reducidísimo número de personas, consideradas benefactoras de la comunidad: la *sítesis* o manutención gratuita de por vida a expensas de la ciudad, la *proedría* o derecho a ocupar asiento de honor en los espectáculos públicos, y también la *atelía* o exención de impuestos. Estas recompensas y honores otorgados a los atletas vencedores están atestiguados ya en el siglo vi o comienzos del v a.C. en un poema de Jenófanes de Colofón (fr. 2 West)<sup>13</sup>, y a la *sítesis* se hace referencia también

<sup>12</sup> Sobre el valor económico de esos premios véase Young 1984: 115 ss.; Golden 2004: 124 ss.; Decker 2012: 53–54; Kyle 2014a: 161 ss.

<sup>13</sup> Jenófanes se queja de la gran importancia que la sociedad otorga a los triunfos deportivos en com-

en otros textos de época clásica (véase D'Amore 2021: 516, así como la contribución de Mann en este volumen), como una inscripción (*IG I<sup>3</sup> 131.11-17*) datable hacia 440-420 a.C., que transmite un decreto oficial por el que se establece la concesión de la *sítesis* a todos los atenienses vencedores en alguno de los cuatro grandes Juegos (véase la contribución de Nielsen a este volumen), o un famoso pasaje de la *Apología* de Platón (36d-e) en el que Sócrates, siguiendo los pasos de Jenófanes, defiende que, en lugar de condenarlo, la ciudad debería concederle, como a los atletas vencedores, la manutención gratuita, porque él la necesita más que los atletas para poder seguir con su labor educativa y además la merece más porque su actividad sí que beneficia verdaderamente a la comunidad.

La existencia de esas recompensas económicas habría podido permitir que la participación en las competiciones deportivas dejara de ser un privilegio exclusivo de la aristocracia e incluso llegara a crearse la profesión de atleta, es decir, atletas que vivían de su participación en las competiciones y que, por lo tanto, no pertenecían a las élites aristocráticas. Ese proceso sin duda está ya completado en época helenística, como apunta Lucia D'Amore (2021: 513; véase también Weiler 2021):

It is undeniable, however, that the advent of the Hellenistic kingdoms and the transfer of citizen interest from the agora to the arenas and gymnasia increased the practice of athletics, multiplied the meets and competitions throughout the Greek world, and gave rise to private associations of 'professional' athletes.

Para la época clásica, sin embargo, resulta difícil precisar, por falta de datos, cuándo y en qué medida las clases medias y bajas comenzaron a practicar sistemáticamente el deporte y a competir en los festivales deportivos.

Los estudiosos británicos de la primera mitad del siglo xx, encabezados por Norman Gardiner, defendían la idea de que la profesionalización del deporte a lo largo del siglo v a.C. y ya definitivamente a partir del iv, trajo consigo la participación de deportistas de clases bajas en las competiciones y ese proceso habría provocado que las élites aristocráticas renunciaran a participar en las pruebas atléticas y sólo continuaran tomando parte asiduamente en las pruebas hípicas, cuyo coste económico obstaculizaba

paración con la poca atención que presta a los sabios que, como él, son esenciales para el progreso y bienestar de la comunidad; en los vv. 6-9 afirma que el atleta vencedor «a los ojos de sus conciudadanos aparecerá como hombre muy ilustre, / y alcanzará el conspicuo asiento de preferencia en los espectáculos, / y alimentos a cargo del erario público obtendrá / de la ciudad, y un regalo que será de su propiedad».

la participación de otras clases sociales, tal como afirma Isócrates (16.33) hablando de Alcibíades:

aunque físicamente no estaba peor dotado por naturaleza ni era más débil que nadie, despreció las competiciones atléticas, porque sabía que algunos atletas eran de bajo nacimiento, habitaban ciudades pequeñas y habían recibido una educación humilde; y en cambio se dedicó a la cría de caballos, que es ocupación de los más prósperos y que ningún hombre vulgar podría hacer.

Gardiner interpretaba esta evolución como un proceso de auge que culmina en la que llama Edad de Oro del deporte aristocrático y *amateur* (finales del siglo VI y primeras décadas del V), al que sigue una decadencia que se inicia cuando se crea el deporte profesional y otras clases sociales comienzan a participar en las competiciones deportivas, un momento a partir del cual la irrupción del dinero corrompe el auténtico deporte.

Los estudios de Pleket, a partir de los años setenta del siglo pasado, modificaron en buena medida el panorama trazado por Gardiner. Sostiene Pleket (y sus ideas han alcanzado amplísima repercusión) que, en efecto, hasta las primeras décadas del siglo VI a.C., la práctica del deporte en Grecia fue monopolio casi exclusivo de la aristocracia, la única clase social que disponía del tiempo libre y las instalaciones necesarias para ello. Durante el siglo VI, por las razones mencionadas más arriba, otras clases sociales se fueron incorporando a la práctica del deporte e incluso a la participación en las competiciones deportivas. Pleket, no obstante, sostiene que la participación de las clases bajas quedó limitada en principio a los juegos locales, y los grandes juegos panhelénicos siguieron siendo coto casi exclusivo de la antigua nobleza y luego también de los nuevos ricos, los únicos que podían permitirse los cuantiosísimos gastos que conllevaban los entrenamientos, el viaje y la estancia en los lugares donde se celebraban las competiciones. Y, a diferencia de lo que sostenía Gardiner, Pleket argumenta que la documentación epigráfica y literaria confirma sin duda ninguna que miembros de la aristocracia y la «burguesía» siguieron compitiendo en juegos locales y panhelénicos a partir del siglo IV a.C. (cuando el deporte se profesionaliza definitivamente) y no únicamente en pruebas hípicas, sino también en carreras pedestres, pentatlo, lucha, boxeo y pancracio, aunque evidentemente su presencia numérica fuera menor que en épocas anteriores.

Las propuestas de Pleket han sido aceptadas en lo esencial, con diversas matizaciones, por buena parte de los estudiosos posteriores (Golden,

Kyle, Christesen, Pritchard, Mann, etc.); no obstante, otros como Young y Fisher van más allá y defienden que desde antes del siglo VI a.C. atletas no pertenecientes a las élites aristocráticas pudieron competir en los grandes juegos, incluidos los Juegos Olímpicos, y aprovecharse de los beneficios económicos y sociales que les procuraba una victoria en ellos.

En todo caso, ya Pleket (véase más recientemente Mann 2020) insistió en la idea de que es un error pretender aplicar al mundo antiguo la distinción que se establecía en la Inglaterra decimonónica entre atleta profesional (de clase baja) que compite por dinero u otras ganancias materiales y atleta *amateur* (de clase alta) que no compite buscando recompensas económicas y es la quintaesencia del deportista; y que en realidad los primeros atletas profesionales de la historia del deporte europeo (y quizá mundial) salieron de las filas de la aristocracia griega, con seguridad ya en el siglo VI a.C., si entendemos por atleta profesional aquel que se dedica a tiempo completo al entrenamiento y a la competición y recibe por ello recompensas en metálico o en honores, aunque no dependa exclusivamente de ellas para ganarse el sustento. En ese sentido, fueron atletas profesionales el más famoso deportista de la Antigüedad, Milón de Crotona, seis veces vencedor olímpico en la lucha entre 540 y 516 a.C. (en ello insiste especialmente Roubineau 2016), y también Teágenes de Tasos, a quien las fuentes atribuyen entre 1.200 y 1.400 victorias (26 en los grandes juegos) en la primera mitad del siglo V a.C. (Decker 2014: 79–82). Como ha subrayado Pleket, el competir por bienes materiales u honores (como hacen ya los capitanes griegos en la *Ilíada*), e incluso aprovechar las victorias con fines políticos, no estaba socialmente mal visto en la antigua Grecia, no era un estigma social como lo era para los defensores decimonónicos del deporte *amateur*.

### 2.3. Épocas helenística e imperial. «Globalización» del deporte griego

#### 2.3.1. El deporte como factor de identidad cultural

En las ciudades griegas de las épocas arcaica y clásica únicamente los ciudadanos de pleno derecho y sus hijos tenían el privilegio de participar en las grandes competiciones deportivas y de entrar en los gimnasios sin ningún tipo de restricciones<sup>14</sup>. En consecuencia, la práctica del deporte en los gimnasios sin restricciones y la posibilidad de participar en las

<sup>14</sup> Para las condiciones de participación en las competiciones y las restricciones en el acceso a los gimnasios que sufrían esclavos, libertos y no griegos véase Crowther 1992; Mann 2014: sobre todo 280–284; Papakonstantinou 2019: 89–120.

competiciones se consideraban, por un lado, signo de pertenencia a la «raza» griega frente a los no griegos, y también signo que identificaba al ciudadano libre de pleno derecho frente a quien no lo es. Ilustrativos de este último aspecto son, por un lado, una ley ateniense que prohíbe a los esclavos la práctica del deporte, atribuida a Solón por Plutarco (*Sol.* 1) y que conocemos también por un pasaje de Esquines (1.138): «el esclavo, que no practique deporte ni se unja con aceite en las palestras» (δοῦλον μὴ γυμνάζεσθαι μηδὲ ξηραλοιφεῖν ἐν ταῖς παλαίστραις); y por otro lado un pasaje de la *Política* de Aristóteles (2, 1264a21ss.; véase también 4, 1297a29ss.) en el que el filósofo afirma que en Creta los esclavos gozaban de casi los mismos derechos que los ciudadanos, pero tenían prohibidas dos cosas: la práctica del deporte y la posesión de armas. En los siglos posteriores se mantiene por regla general la consideración del gimnasio como lugar tabú para los esclavos (aunque con excepciones que comentaremos más adelante). Así, la ley gimnasiárquica de la ciudad macedonia de Beria, que puede datarse en el siglo II a.C. y expone de manera pormenorizada aspectos esenciales de la organización de un gimnasio griego, excluye expresamente del gimnasio a esclavos y libertos (B 26–29; Gauthier y Hatzopoulos 1993), y lo mismo puede decirse de inscripciones procedentes de otras ciudades de la Grecia continental, las islas del Egeo y Asia Menor, como Atenas, Cícico, Creta, Mileto, Pérgamo, Esparta o Teos (un estudio pormenorizado en Crowther 1992).

Por lo que respecta a la práctica del deporte y la participación en competiciones deportivas como marca identificativa del griego frente al no griego, es habitual citar al respecto la anécdota que narra Heródoto (5.22) sobre la participación en los Juegos Olímpicos del rey de Macedonia Alejandro I (498–454 a.C.):

Los macedonios dicen que son griegos y yo sé que es así [...] pero además también los organizadores de los juegos entre griegos de Olimpia reconocieron que es así. Pues cuando Alejandro quiso competir y bajó a la arena con esa intención, quienes iban a ser sus rivales pretendían excluirlo de entre los griegos, afirmando que la competición no era cosa de participantes bárbaros, sino griegos. Pero como Alejandro demostró que su origen estaba en la ciudad de Argos, se decidió que era griego.

Todavía seiscientos años después de Heródoto Filóstrato (*Gym.* 25) asegura que en los Juegos Olímpicos y Píticos los jueces, en el examen previo en el que determinaban quién podía participar y quién no, tenían en cuenta a qué tribu (φυλή) y patria (πατρίς) pertenecía el atleta, quién era su

padre y cuál su linaje (πατήρ καὶ γένος), y si era hijo de hombre libre y no bastardo (ἐξ ἔλευθέρων καὶ μὴ νόθοις). Pero para entonces las cosas habían experimentado un cambio sustancial, especialmente desde que en 334 a.C. Alejandro el Grande cruza el Helesponto y forja en apenas once años un inmenso imperio que se extendía hasta la India y englobaba pueblos de muy diversas lenguas y culturas, unos territorios que a partir de los siglos II-I a.C. fueron paulatinamente sometidos por Roma. En ese mundo «globalizado» servía de factor unificador la helenización, la superposición de la cultura griega sobre las culturas locales (sobre todo entre las clases dominantes política, económica y culturalmente) y el establecimiento del griego como *lingua franca*. Obviamente no fue un proceso que se desarrollara sólo en una dirección; fue, sin duda, un proceso de intercambio mutuo, en el que también la cultura griega se vio, de nuevo, profundamente influida por esas otras culturas milenarias.

Pero lo que ahora nos interesa destacar es que en ese proceso de expansión de la cultura griega el deporte desempeñó un papel importante, en un doble sentido<sup>15</sup>. Por un lado, la práctica del deporte en los gimnasios funcionó como factor que permitía a los griegos preservar y cultivar los rasgos más característicos de su identidad cultural, ahora que se encontraban habitualmente gobernando y viviendo entre una población de mayoría no griega. Los griegos, en efecto, allá donde van llevan sus gimnasios y palestras como elemento esencial de sus estructuras sociales y urbanísticas y su modo de vida (un gran gimnasio ha sido sacado a la luz por los arqueólogos en la antigua Alejandría del Oxo, cerca de la actual Ai Khanum, en el norte de Afganistán, a seis mil kilómetros de Atenas). Y llevan consigo también sus competiciones deportivas, que se multiplican de manera extraordinaria. Pero por otro lado los gimnasios se convirtieron igualmente en un factor decisivo para la propagación de la cultura y el «modo de vida griego» entre los no griegos que deseaban helenizarse, los cuales podían comenzar su proceso de helenización acudiendo al gimnasio. Y, efectivamente, la admisión de no griegos en los gimnasios públicos y en las competiciones deportivas de época helenística y romana

<sup>15</sup> En los últimos decenios se han multiplicado los estudios sobre las características del deporte griego en las épocas helenística y romana y sobre la multitud de competiciones locales que se crearon en ese período, compensando el abandono de que fue objeto en etapas anteriores, en las que los especialistas se centraron sobre todo en la época clásica y en las grandes competiciones panhelénicas. Para un primer acercamiento a ese tema, especialmente a propósito de los aspectos que aquí estamos considerando, pueden consultarse van Nijf 1999; Kah y Scholz 2007; Pleket 2014b; Remijsen 2014b; Daubner 2015; Mann, Remijsen y Scharff 2016 (con el estudio introductorio de Christian Mann «Sport in Hellenismus: Forschungsstand und Forschungsperspektiven», 17–29); García Romero 2019: 189–253; Paganini 2021.

está documentada por los textos literarios y las inscripciones desde el siglo III a.C. Así ocurrió, por ejemplo, en diversas ciudades de Asia Menor. Un decreto de la ciudad de Pérgamo (*Inscripfen von Pergamon* II 252, 133 a.C.), que transmite una normativa relativa al gimnasio, establece que un benefactor «sea honrado con coronas de oro por los jóvenes, los efebos y los extranjeros» (χρυσοῖς στεφάνοις ὑπὸ τῶν νέων καὶ ἐφίβων καὶ ξένων τιμηθῆναι). Y la presencia de extranjeros en los gimnasios se documenta en otras inscripciones de Pérgamo (Stavrou 2016: 133–134) e igualmente de otras ciudades de Asia Menor, como Milasa (Albanidis, García Romero y Pavlogiannis 2006: 200 ss.), Priene (*Priene Inscriptions* 112, 113, 114), Sesto (*Inscripfen von Sestos* 1), etc.

Asimismo, los textos epigráficos y literarios confirman la práctica del deporte por parte de no griegos en otras regiones. Por ejemplo, el autor de los *Libros de los Macabeos* comenta con horror que los intentos de helenización de Palestina promovidos hacia 175 a.C. por el sumo sacerdote Jasón trajeron como consecuencia la corrupción de los jóvenes judíos y cita como el colmo de la degeneración la práctica del deporte en el gimnasio:

Levantaron en Jerusalén un gimnasio, conforme a los usos paganos; se restituyeron los prepucios, abandonaron la alianza santa, haciendo causa común con los gentiles, y se vendieron al mal (*Macabeos* I 1.14–16).

Jasón se dio a introducir las costumbres griegas entre sus conciudadanos [...] e incluso al pie de la misma acrópolis se atrevió a erigir el gimnasio, obligando a educar allí a los jóvenes más nobles [...] Así cundió en alto grado el helenismo y progresó la introducción de costumbres extranjeras por la desalmada actitud del impío, más que sumo sacerdote, Jasón. Los sacerdotes ya no se preocupaban del servicio del altar, sino que, por el contrario, mostrando poca estima por el templo y descuidando los sacrificios, se apresuraban a tomar parte en los prohibidos ejercicios de la palestra en cuanto eran invitados a lanzar el disco (*Macabeos* II 4.8–14).

Algunas noticias tenemos también sobre la práctica del deporte por parte de judíos helenizados en época posterior, sobre todo en tiempos de la dominación romana. El *Papiro Schubart* 37 confirma la presencia de judíos en el gimnasio de Alejandría de Egipto (Kerkeslager 1997; Stavrou 2016: 40 ss.). Por su parte, el rey Herodes I (40–4 a.C.) hizo construir instalaciones deportivas en Jerusalén y organizó juegos atléticos en Acre, Sidón, Trípolis, Damasco, Tiro y Cesarea (Lämmer 1973), aunque es difícil determinar el grado del éxito de estas nuevas instalaciones e instituciones



entre la población. Probablemente la numerosa población judía que vivía fuera de Palestina se dejó influir en mayor medida por las costumbres de los griegos, sobre todo en Egipto. Una carta del emperador Claudio (41–54 p.C.) al pueblo de Alejandría incluye un requerimiento a la notable colonia hebrea de la ciudad conminando a que se abstuvieran de intentar participar en las actividades del gimnasio (*Papyrus Londinensis* 1912; véase Mann 2008: 174; Bringmann en Kah y Scholz 2007: 332). Y Filón (hacia 30 a.C.– 45 p.C.), importante miembro de la colonia de los judíos helenizados de Alejandría, hace uso de imágenes deportivas con grandísima frecuencia en sus obras (Dios es, por ejemplo, el «gimnasiarco divino», el «presidente de los juegos»), y ese frecuentísimo uso parece revelar un verdadero conocimiento del deporte griego por parte del autor y sus lectores (Poliakoff 1984).

Y no es de extrañar, porque al menos desde el siglo III a.C. nuestras fuentes nos hablan de la participación de atletas no griegos en las competiciones deportivas, tanto en competiciones locales como en los grandes Juegos Panhelénicos. La participación conjunta de griegos y no griegos en competiciones deportivas se atestigua ya en una inscripción de comienzos del III a.C. hallada en Gorgipia, en la costa nororiental del Mar Negro, donde la cultura griega se encuentra con las culturas indígenas de sindios, escitas y sarmacios. En 1895 los arqueólogos sacaron a la luz una larguísima lista de vencedores en los Juegos de Hermes locales, que abarca un período de 61 años. La mayoría de los 170 nombres legibles son claramente griegos, pero al menos en una quincena de casos parece claro que se trata de participantes de origen sindio o escita (Albanidis, García Romero y Pavlogiannis 2006: 216 ss., donde se estudian casos similares en otros lugares).

Por lo que respecta a los Juegos Panhelénicos, Polibio (27.9.2–13), a propósito de un suceso histórico que está describiendo, afirma que

lo sucedido fue semejante a lo que acontece en las competiciones deportivas. En ellas, en efecto, cuando a un atleta famoso e invicto se enfrenta un rival humilde y muy inferior, al instante la multitud otorga sus simpatías al inferior, lo anima y lo apoya en sus acometidas; y si alcanza el rostro de su rival y el golpe deja alguna señal, al punto el estadio se viene abajo.

Como ejemplo concreto de esa afirmación, el historiador describe con pormenor el combate de boxeo que en los Juegos Olímpicos del año 212 a.C. enfrentó al veterano campeón griego Clitómaco de Tebas, que había

triunfado en 216 y volvería a hacerlo ese año, y a un joven llamado Aristonico, protegido por el rey de Egipto Ptolomeo IV. Durante la pelea el público animaba a Aristonico, el púgil al que consideraba más débil, apoyándole para que pusiera las cosas difíciles al último campeón, hasta que Clitómaco se hartó y se dirigió a los espectadores diciendo lo siguiente:

¿Es que yo he cometido alguna falta o violación de las reglas? ¿Es que no sabéis que yo estoy luchando por la gloria de Grecia y Aristonico por la del rey Ptolomeo? ¿Preferiríais que un egipcio se llevara la corona olímpica y venciera a los griegos, o bien que un tebano o un beocio fueran los campeones?

De acuerdo con el relato de Polibio, los espectadores, tras escuchar estas palabras de Clitómaco, cambiaron su actitud hacia él. En todo caso, del relato parece desprenderse que, a pesar de su nombre griego, Aristonico era probablemente de origen egipcio, y, aunque no era griego, podía participar en los Juegos Olímpicos.

En el transcurso de la paulatina conquista romana del Oriente griego durante los siglos II-I a.C. (e incluso desde varias décadas antes) la participación no griega en los Juegos Panhelénicos se fue haciendo habitual. La primera referencia que tenemos a propósito de la participación de los romanos en Juegos Panhelénicos se refiere a los Juegos Ístmicos. De nuevo Polibio (2.12.8) afirma que en el año 228 a.C., luego que los romanos derrotaran a los ilirios y librarán a los griegos de sus actos de piratería, como acto de gratitud los corintios, organizadores de los juegos, permitieron a los romanos participar en ellos «por primera vez». Tres siglos y medio después, en 129 p.C., el cónsul romano Lucio Minicio Natal venció en los Juegos Olímpicos en la carrera de cuadrigas, y hemos conservado la inscripción que conmemoraba su triunfo y acompañaba a la cuadriga que ofrendó en Olimpia con ocasión de su victoria (*Inscription von Olympia* 236). Minicio Natal era de Barcino, la actual Barcelona, como indica expresamente otra inscripción (*CIL* II 4511), de manera que es el primer campeón olímpico «español» conocido. Una copia de esta última inscripción, acompañada de su correspondiente traducción, puede verse todavía en la sede madrileña del Comité Olímpico Español, y Lucio Minicio tiene dedicado un paseo en el recinto olímpico de Montjuic.

Durante los primeros siglos de la era cristiana, el carácter universal de los Juegos Olímpicos y de otras grandes competiciones deportivas se fue intensificando, pues podían participar en ellos atletas procedentes del vasto Imperio Romano. No deja de ser significativo al respecto que

uno de los últimos vencedores olímpicos conocidos sea el armenio Varzdates (Armenia, al menos en lo que a sus clases altas se refiere, estaba fuertemente helenizada desde muchos siglos atrás). Varzdates venció en la competición de boxeo, tal vez en los Juegos del año 369; fue rey de Armenia entre 374 y 378, y de él nos dice su paisano Moisés de Corene en su *Historia de Armenia* (3.40) que recibió educación griega, sus hazañas se hicieron legendarias y fue aclamado «por los propios atletas en los Juegos Olímpicos».

En definitiva, los gimnasios que los griegos construían allí donde se asentaban tuvieron, entre otras, las funciones de preservar la cultura griega para las gentes de origen griego y de difundirla entre los no griegos. Y un papel muy semejante desempeñaron también las competiciones deportivas, que se extendieron y celebraron allá donde llegó la influencia griega, desde la Península Ibérica e Italia hasta Oriente, desde la costa del Mar Negro hasta Egipto (Caldelli 1993 y 1997; van Nijf 2016). Alejandro Magno y sus sucesores (los generales que se repartieron el imperio y fundaron dinastías reales que ocuparon el poder hasta la conquista romana) se preocuparon por fomentar todo aquello que pudiera servir de lazo de unión entre los griegos y contribuyera a helenizar a las poblaciones indígenas, y eso incluía, por supuesto, los festivales atléticos. Las grandes competiciones deportivas (el llamado *períodos*: los Juegos Olímpicos, Píticos, Ístmicos y Nemeos) gozaron de la protección oficial de los monarcas griegos de los siglos IV–II a.C. y luego también de los gobernadores romanos. Y tanto los reyes griegos como los gobernantes romanos fomentaron igualmente la creación de infinidad de festivales deportivos para aprovechar la importancia social, política y cultural del deporte y su enorme popularidad (van Nijf 2012; Di Nanni 2015).

Otro de los rasgos que diferencian las épocas helenística e imperial de las épocas arcaica y clásica, y que nos vuelve a confirmar que las prácticas deportivas van reflejando los cambios políticos y sociales del mundo griego, es que a partir de época helenística tenemos confirmada la admisión de esclavos en los gimnasios y en las competiciones deportivas, aunque fuera de manera muy restringida y ocasional. En efecto, unos pocos testimonios procedentes de inscripciones y de textos literarios y documentales nos informan de que, aunque fuera de manera excepcional, a partir del siglo III a.C. los esclavos tuvieron algún acceso a la práctica del deporte, e incluso es posible que pudieran entrenarse sistemáticamente e intervenir en competiciones atléticas (Crowther 1992; Albanidis, García Romero y Pavlogiannis 2006: 214 ss.; Golden 2008: 40–67; Mann 2014: 281–282).

Una inscripción de Priene del año 84 a.C. (*Priene Inscriptions* 112, 99–100), indica que Zósimo, director de un gimnasio, permite «participar del gimnasio a todos aquellos a los que se lo impiden las normas establecidas por la tradición»; entre ellos podemos suponer que se contaban los esclavos. En la ciudad de Dorileo, en el interior de la Frigia menorasiática, una inscripción de los siglos I–II p.C. se refiere a un individuo llamado Asclepiades como «gimnasiarco de libres y esclavos» (*Orientalis Graeci Inscriptiones Selectae* II, 479, 8). En la localidad laconia de Gitio una inscripción datada en 41–42 p.C. (*IG v.1* 1208, 38–39) nos indica que a los esclavos se les permitía acceder a los entrenamientos del gimnasio seis días al año (βούλομαι καὶ τοὺς δούλους τῆς τοῦ [ἀλείμματος φιλανθρω]πίας μετέχειν) κατ' ἔτος ἐπὶ ἕξ ἡμέρας); se trata, pues, de un acceso excepcional y no sistemático, pero que en todo caso supone una sobresaliente novedad con respecto a la exclusión absoluta que establecían en las épocas arcaica y clásica las leyes de Solón o las leyes cretenses mencionadas por Aristóteles, a las que nos hemos referido más arriba.

Aún más significativo es tal vez lo que nos permiten suponer varios papiros del siglo III a.C. que nos han conservado la correspondencia de Zenón, hombre de confianza de Apolonio, el ministro de finanzas de la monarquía egipcia. Del texto de una carta que, hacia 257 a.C., escribe a Zenón un tal Hierocles, director de una palestra en la ciudad de Alejandría, puede deducirse el interés que Zenón mostraba por un muchacho llamado Pirro, probablemente un esclavo (en el texto se habla de otro joven llamado Heracleotes, identificado expresamente como libre); Pirro, dadas sus sobresalientes dotes atléticas, recibía un intensivo entrenamiento físico con vistas a intervenir en competiciones deportivas (*Papyrus Cairo Zeno* 59060, *Papyrus Londinensis* VII 1941). ¿Sería posible, entonces, que en el Egipto del siglo III a.C. los esclavos pudieran participar en las competiciones deportivas griegas? Forbes (1929: 355 ss.) sugiere la posibilidad de que, dado que un esclavo es propiedad de su amo, ocurriera lo mismo que en las pruebas hípicas, en las que no era proclamado vencedor el jinete o el auriga, sino el propietario del caballo: en el caso de que Pirro triunfara en la competición, el vencedor sería su amo Zenón. En todo caso, es una nueva muestra de que los tiempos están cambiando. La presencia de esclavos que reciben entrenamiento atlético puede confirmarla también otro papiro de la misma serie (*Papyrus Cairo Zeno* 59488), que conserva una carta enviada a Zenón por el instructor de la palestra encargado de enseñar a manejar las armas.

Otro testimonio de la participación de esclavos en competiciones deportivas griegas data de cuatro siglos más tarde (II p.C.). En una inscripción

de la ciudad de Mistia, en la región de Pisidia (sur de la actual Turquía), se regulan las normas para una pequeña competición local, y entre otras cosas se indica que «si un esclavo tiene la buena suerte de vencer, una cuarta parte de su premio debe ir a parar a manos de sus competidores» (SEG VI 449).

Muy especial es el caso de un esclavo de origen aristocrático que en el siglo I p.C. consiguió muy destacados triunfos deportivos, llegando incluso a vencer en los Juegos Olímpicos. Cuenta Pausanias (5.21.10–11) que Nicóstrato, vencedor olímpico en la lucha y en el pancracio en 37 p.C., había nacido «en el seno de una familia distinguida» de la ciudad frigia de Primneso, pero, siendo aún niño, fue raptado por unos piratas y vendido en la ciudad de Egias. Pasado un tiempo su amo soñó que un cachorro de león yacía bajo el camastro sobre el que dormía Nicóstrato, premonición del carácter aguerrido que conduciría a su esclavo a convertirse en campeón olímpico. Lamentablemente, Pausanias no ofrece detalles sobre las circunstancias en las que se desarrolló la carrera deportiva de Nicóstrato ni sobre su condición social cuando obtuvo sus triunfos. En todo caso, en la Roma de los siglos I–II p.C. Nicóstrato es citado por Quintiliano (2.8.14) y Tácito (*Or.* 10.5) como ejemplo de dotes atléticas naturales y fuerza física, lo que parece indicar que el atleta griego fue también una figura popular en el occidente romano (es citado también, como personaje muy conocido, por Luc. *Hist. Conscr.* 9). Su fama pervivió en el tiempo, hasta el punto de que su retrato, con indicación de su nombre, aparece en un mosaico de comienzos del siglo IV hallado en la ciudad siria de Seleucia Pieria (Golden 2004: 111; Decker 2014: 122; Remijnsen 2015: 105–106).

Hemos dejado para el final un controvertido testimonio, que anticiparía al siglo IV a.C. la participación de esclavos en las competiciones deportivas griegas. Se trata de un pasaje de un breve tratado *Sobre el amor* que nos ha llegado dentro del *corpus* de obras atribuidas a Demóstenes. En el capítulo 23 el hombre que habla elogia a su joven amado por haber escogido dedicarse a una prueba deportiva concreta, y dice lo siguiente:

Pues bien, tú, sabedor de que esclavos y extranjeros (καὶ δούλους καὶ ξέ-  
νοιν) toman parte en las demás disciplinas deportivas, y en cambio en la  
prueba de los desmontadores únicamente los ciudadanos tienen permitido  
hacerlo, y de que a ello aspiran los mejores, así te dedicaste con ahínco a esa  
competición.

El texto es sorprendente y ha sido objeto de discusiones sobre la veracidad de las afirmaciones contenidas en él, un problema agravado por el

hecho de que la autoría y la cronología del escrito son cuestiones muy controvertidas. Se hace referencia en él a la prueba de los «desmontadores» (ἀποβάται), una disciplina que combinaba hípica y carrera a pie y se disputaba en las Panateneas. Parece una exageración retórica afirmar que la competición de los «desmontadores» era la única en la que los esclavos no podían participar, pero permanece la duda de si hemos de conceder alguna verosimilitud al dato de que los esclavos podían competir en los concursos deportivos atenienses en el siglo IV a.C. (si es que la obra debe datarse en esa época, ya que cabe también la posibilidad de que se trate de un producto del siglo II p.C., en el ámbito de la segunda sofística)<sup>16</sup>. Golden (2008: 43 ss.) entiende que, aunque no se indique explícitamente, el texto se refiere sólo a las pruebas ecuestres y querría decir que en el resto de las pruebas hípicas podrían haber intervenido esclavos y extranjeros en calidad de jinetes o aurigas; serían únicamente la «mano de obra» del ciudadano libre, que era quien oficialmente competía, como propietario del carro o el caballo. En cambio, en la prueba de los desmontadores los esclavos no podrían participar porque incluía una carrera pedestre, que debía ser realizada en persona por los participantes, necesariamente ciudadanos libres. Esta interpretación presenta el problema de que no se conoce ningún testimonio que indique expresamente que los jinetes y aurigas que en el siglo IV a.C. y en épocas anteriores competían en las pruebas hípicas griegas eran (o podían ser) esclavos. En el caso de que hubiera sido así, resultaría extraño que ningún texto lo diga de manera explícita, teniendo en cuenta que la práctica del deporte, en todas sus variantes, es generalmente privilegio de los hombres libres con plenos derechos de ciudadanía; pese a esta ausencia de testimonios concretos, Mann (2014: 278 y 281) defiende que jinetes y aurigas eran generalmente esclavos en las competiciones deportivas griegas, tal vez pensando que la ausencia de testimonios explícitos al respecto se deba al hecho de que era algo que se daba por sabido, ya que «the hippic events were seen as a competition between the owners of horses and chariots» y no entre aurigas y jockeys.

Por lo demás, un testimonio iconográfico adelanta en casi dos siglos la discusión del problema del acceso de los esclavos a la práctica del deporte. En su edición del día 5 de julio de 2017 el diario griego *Kazimerini* publicaba el reportaje «Un ateniense y un africano en la antigua Atenas»,

<sup>16</sup> Agradezco al profesor Felipe Hernández Muñoz sus observaciones sobre la autoría y cronología del *Sobre el amor* atribuido a Demóstenes.

firmado por Nikos Vatópulos<sup>17</sup>. En el escrito se anuncia la subasta por parte de la casa londinense Christie de un vaso griego de figuras rojas, datado hacia 500 a.C. y en muy buen estado de conservación. En el vaso figuran escenas de gimnasio: en uno de sus lados un joven se dispone a saltar longitud y otro a lanzar el disco, y en la otra cara un joven que corre se apresta a lanzar la jabalina y otro lleva en cada una de sus manos una pesa, dispuesto a efectuar el salto de longitud. Escenas corrientes y repetidísimas en la cerámica griega antigua, salvo por una circunstancia excepcional: el rostro del último de los jóvenes descritos no deja lugar a dudas sobre su raza, pues denota claramente su origen africano. ¿Es el hijo de un ciudadano ateniense, o el hijo de un extranjero, o, más improbablemente, un esclavo? Laetitia Delaloye, jefa del Departamento de Antigüedades de Christie, comenta al respecto lo siguiente:

Lo que resulta verdaderamente inusual en el vaso es la representación de un joven africano tomando parte activa en el entrenamiento. La práctica del deporte en un espacio público era un privilegio generalmente restringido sólo a los ciudadanos atenienses. Quizá se trataba del hijo de un dignatario africano o de un oficial de alto rango, y a causa de ese alto *status* se le pudo haber permitido el acceso al gimnasio.

En todo caso, dada la escasez de los testimonios sobre la práctica del deporte griego por parte de esclavos, parece que debemos concluir que incluso en época helenístico-romana el deporte continuó siendo privilegio casi exclusivo de los hombres libres, y que la participación de esclavos en los ejercicios del gimnasio y en las competiciones atléticas fue un hecho excepcional, motivado probablemente por circunstancias políticas y sometido a restricciones legales (Gualazzini 1965: 13, 15, 20 ss.). En cambio, en los espectáculos públicos que tenían lugar en el circo y en el anfiteatro de tradición romana los participantes eran generalmente de condición no libre, una notable diferencia con respecto al deporte griego. Quizá ese paralelismo pudo contribuir a que ocasionalmente en los juegos griegos pudieran competir esclavos junto con hombres libres en la época romana, aun con las restricciones apuntadas.

<sup>17</sup> <<http://www.kathimerini.gr/916964/article/politismos/eikastika/enas-a8hnaioi-kai-enas-afrikanos-s-thn-arxaia-a8hna>>; véase también la información proporcionada por la casa de subastas Christie en <<https://www.christies.com/features/An-ancient-Greek-vase-depicting-pentathletes-8428--3.aspx>>.

### 2.3.2. *Deporte femenino*

Hemos visto que la posibilidad de que accedieran a gimnasios y palestras y de que pudieran participar en las competiciones deportivas no griegas e incluso (de manera mucho más restringida) esclavos supone una novedad de las épocas helenística e imperial con respecto a la Grecia arcaica y clásica. El caso de un tercer grupo humano, las mujeres, tal vez sea también indicativo de que en la práctica del deporte las cosas habían cambiado en época helenística y romana con respecto a la época clásica, y todo lo que ello significa en el aspecto social y político<sup>18</sup>.

Las competiciones deportivas femeninas atestiguadas en la Grecia arcaica y clásica (los Juegos Hereos de Olimpia en primer lugar, pero también otras competiciones documentadas sobre todo en Esparta y el Ática) mantienen todas ellas una vinculación estrechísima con el culto, en particular con ritos prematrimoniales de paso a la edad adulta, sin que se advierta en ellas la intromisión de elementos laicos (peso económico, influencia política, conversión en espectáculo multitudinario, creación de un deporte «profesional», etc.) que sí se aprecia claramente en el deporte masculino. Unos pocos testimonios de época helenística y, sobre todo, de época imperial invitan a plantear la posibilidad de que el deporte femenino hubiera podido desprenderse en alguna medida de esa estrechísima vinculación con rituales iniciáticos y prematrimoniales e incluso haber tenido cabida en importantes competiciones deportivas, quizá ya más como espectáculo que como acto de culto. Lo que no ofrece duda es que en esta época las mujeres pudieron desempeñar importantes cargos públicos relacionados con el deporte, como consecuencia de su mayor visibilidad social y su mayor control sobre sus propiedades y sus propios recursos económicos. Conocemos, en efecto, los nombres de mujeres que en el Oriente griego fueron agonotetas (organizadoras de competiciones deportivas) y gimnasiarcas, cargo electo más o menos equivalente a la concejalía de deportes de los ayuntamientos modernos y que, en beneficio de la ciudad, era desempeñado por los ciudadanos ricos en calidad de «liturgia», es decir, corriendo ellos con los gastos (Casarico 1982; Mantas 1995; Bielman 1998, y también la contribución de Di Nanni al presente volumen, que ofrece datos numéricos precisos).

<sup>18</sup> El deporte femenino en la Antigüedad ha merecido en las últimas décadas, desde los completos estudios de Giampiera Arrigoni (1985) hasta el reciente libro de Di Nanni (2021), toda la atención que hasta entonces se le había negado, y buena muestra de ello es la contribución de Diva Di Nanni a este volumen. Para una visión de conjunto, con cita de la bibliografía pertinente, véase también Kyle 2014b; García Romero 2015 y 2019: 65–81 y 231–234; y sobre todo Di Nanni 2021, donde puede hallarse exhaustiva información.



Por lo que respecta a la participación directa de las mujeres en las competiciones deportivas, el testimonio más importante es una inscripción de mediados del siglo I p.C., hallada en el santuario de Delfos y conocida como «Inscripción de las muchachas de Trales» (*SIG III 802*; véase Lee 1988). El epígrafe se encuentra en el pedestal de las estatuas que un padre orgulloso, Hermesianacte de la ciudad de Trales en Asia Menor, dedicó en Delfos a sus tres hijas, grandes deportistas a juzgar por el impresionante catálogo de victorias que se citan en el texto:

Hermesianacte, hijo de Dionisio, ciudadano de Cesarea Tra[les], y tam[bién de Atenas y de Delfos], lo dedica a sus hijas, que tienen también ellas las mismas ci[udadanías],

a Trifosa, que venció en los Juegos Píticos cuando eran organizadores de las competiciones Antígono y Cleomaquis, y en los Juegos Ístmicos cuando era organizador de las competiciones Juvencio Proclo, en la carrera del estadio de manera sucesiva, la primera entre las muchachas,

a Hedeia, que venció en los Juegos Ístmicos cuando era organizador de las competiciones Cornelio Pulcro en la carrera de carros armados, y en los Juegos Nemeos en la carrera del estadio cuando era organizador de las competiciones Antígono, y en Sición cuando era organizador de las competiciones Menetas; y venció también en el concurso de niños citaredos en los Juegos Augústeos de Atenas cuando era organizador de las competiciones Novio, hijo de Fili[no], y fue la primera muchacha [en mucho tiempo] en ser hecha ciudadana de [ ],

a Dionisia, que venc[ió en los Juegos Ístmicos] cuando era organizador de las competiciones Ant[ígon]o, y en los Juegos de Asclepio en la sagrada Epidauro cuando era organizador de las competiciones Nicótelos, en la carrera del estadio.

Dedicado a Apolo Pitio

Así pues, en la inscripción se mencionan victorias de las tres hijas de Hermesianacte en competiciones atléticas e hípicas, pero también en concursos musicales, y no únicamente en festivales locales, sino incluso en tres de los cuatro grandes Juegos Panhelénicos (son citados explícitamente los Juegos Píticos, Ístmicos y Nemeos, de manera que sólo faltan los Olímpicos). ¿Debemos deducir de este testimonio que en los festivales deportivos griegos a partir de cierto momento se fueron introduciendo competiciones femeninas siguiendo el modelo de las masculinas, y que esas competiciones permitieron desarrollar a las mujeres una carrera deportiva más o menos regular, sobrepasando el estricto marco ritual en

el que el deporte femenino griego se había movido hasta entonces? El alcance y la extensión de esas competiciones femeninas han sido muy discutidos por los estudiosos. Yo personalmente no considero probable que estas competiciones femeninas se disputaran de manera sistemática y periódica, es decir, que se hubiera constituido un circuito de competiciones deportivas femeninas más o menos estable. Me inclino más bien por suponer (con Bernardini, Langenfeld, Lämmer y otros) que se trataba de competiciones celebradas esporádicamente, promovidas quizá por políticos influyentes y ciudadanos ricos que pretendían mostrar con orgullo las cualidades deportivas de sus hijas.

A este testimonio pueden añadirse algunas otras inscripciones griegas y latinas que documentan la existencia de competiciones femeninas en los siglos I–II p.C. Una inscripción en lengua latina nos habla de una «competición de muchachas», probablemente una carrera pedestre, introducida por Lucio Castricio Régulo en los Juegos Ístmicos del año 23 p.C. (*Inscriptions from Corinth* III 153). Una inscripción griega que contiene catálogos de vencedores en los Juegos Augustales (*Sebastá*) de Nápoles recoge el nombre de una joven llamada Flavia, venida nada menos que de Éfeso, que venció en 82 p.C. en la carrera del estadio de muchachas (Miranda de Martino 2014: 1178–1179); Miranda apunta que los catálogos recogen también el nombre de otra muchacha llamada Emilia Rectina, de origen desconocido, vencedora en la carrera del doble estadio para muchachas. Especialmente interesante resulta otra inscripción griega encontrada en la isla de Ischia, en el golfo de Nápoles, que puede datarse hacia 154 p.C. (*SEG* XIV 602). Está dedicada por Lucio Coceyo Prisco a su esposa Seya Espes, hija de Seyo Liberal, con ocasión de su victoria en una carrera del estadio reservada a hijas de magistrados, probablemente en los *Sebastá* napolitanos. El hecho de que la vencedora sea una mujer casada nos sitúa ya en un contexto completamente diferente al de las carreras iniciáticas y prematrimoniales que corrían las muchachas solteras de la época clásica en los Juegos Hereos de Olimpia y en otros santuarios áticos y espartanos. En la propia Nápoles se ha encontrado otra inscripción de contenido similar (*IG* XIV 755g), que probablemente celebra a otra mujer vencedora en una carrera reservada a hijas de magistrados, en fecha incierta, aunque su deficiente estado de conservación no permite mayores precisiones<sup>19</sup>.

Cabe, pues, la posibilidad de que en época imperial romana también el deporte femenino griego hubiera cumplido, a su modesta manera,

<sup>19</sup> Di Nanni (2021: 141–144) comenta también una inscripción del II p.C., hoy perdida, en la que Esparta celebra la victoria de una muchacha llamada Livia en la carrera del doble estadio (*SEG* XI 830).

la transición «del ritual al récord» (por utilizar la expresión de Allen Guttman), es decir, el paso de la competición desarrollada en un contexto fuertemente religioso a la competición que tiene lugar en un ámbito más desvinculado del ritual y más próximo al espectáculo.

### 3. El deporte en Roma

Hasta qué punto el deporte a la manera griega arraigó en Roma es tema discutido (Fortuin 1996; Thuiller 1996; Mann 2002; Newby 2005; Lee 2014; Toner 2014; García Romero 2019: 207–226)<sup>20</sup>.

Durante la época republicana, hasta la segunda mitad del siglo I a.C., sólo esporádicamente se organizaron en Roma competiciones deportivas a la griega, en las cuales participaban sobre todo atletas griegos y además las pruebas atléticas se complementaban con otros espectáculos como luchas de fieras, combates de gladiadores o naumaquias (Thuiller 1996: 46–48; Lee 2014: 534–536; García Romero 2019: 224–226). Los sucesivos gobernantes romanos, eso sí, fomentaron la continuidad de la tradición deportiva griega en la parte oriental de sus dominios. Augusto continuó con esa práctica, pero emprendió también muy notables iniciativas para promover el deporte en Roma, y especialmente el deporte griego. Los especialistas no terminan de ponerse de acuerdo sobre si esa promoción del deporte griego se debió únicamente a razones de oportunidad política o bien obedeció, como yo creo, a un genuino interés de Augusto por él, como pudiera deducirse de un pasaje de Suetonio (*Aug.* 45.2–3):

De ahí que ofreciera a sus propias expensas pequeñas coronas y recompensas tan frecuentes como espléndidas, incluso en representaciones y juegos organizados por otros, y que nunca asistiera a una competición a la usanza griega sin honrar a los competidores según sus méritos respectivos.

En todo caso, lo cierto es que, bajo el gobierno de Augusto, por un lado los festivales deportivos griegos cobraron nuevo impulso, llegando a participar en ellos miembros de la familia imperial (Germánico en 17 p.C. se proclamó vencedor olímpico en la carrera de cuadrigas, participando por supuesto en calidad de propietario de los caballos). Por otro lado, Augusto patrocinó la fundación de nuevos grandes juegos que incluían

<sup>20</sup> Sobre el deporte etrusco y sus vínculos con el deporte griego, tema que no vamos a tratar aquí, véase Thuiller 1996: 15–36; Sannibale 2004; Bevagna 2014; Thuillier 2021).

competiciones atléticas a la griega, como los Juegos Actianos, conmemorativos de la victoria en Accio y que se celebraron regularmente cada cuatro años al menos hasta la segunda mitad del siglo III, y los ya mencionados *Augustalia* (*Sebastá* en griego), que comenzaron a celebrarse en Nápoles el año 2 p.C. y tuvieron «sucursales» en otras ciudades importantes como Atenas y Bizancio. E incluso es posible que instituyera los primeros «juegos griegos» que se celebraron en la propia Roma con carácter periódico (Polverini 1978): hacia 28 a.C., y todavía en el marco de los actos que conmemoraban la victoria en Accio, se decidió organizar en Roma unos juegos «por la salud del divino Augusto» (Plin. *HN* 7.158). Esos juegos debían disputarse cada cuatro años, lo cual indica que los juegos sagrados griegos eran el modelo, e incluían competiciones hípicas y pruebas atléticas, desarrolladas en el Campo de Marte en un estadio de gradas de madera construido para la ocasión. A partir de nuestras fuentes puede deducirse que los juegos se celebraron regularmente hasta la muerte de Augusto, en 14 p.C. (*Res gestae* 9.1; D. C. 51.19.2, 53.1.4–6, 54.19.8; Suet. *Aug.* 44.3; *CIL* VI 877a).

Augusto se preocupó también de fomentar la práctica del deporte como factor educativo. Prueba de ello es el apoyo que brindó a las asociaciones de jóvenes (*collegia iuvenum*), reclutados de entre las más influyentes familias romanas y que debían recibir una adecuada formación para desenvolverse con éxito en la vida civil y militar, siguiendo el modelo de la efebía griega adaptado a Roma. Pese a su carácter elitista, los *collegia iuvenum* son probablemente, como señaló Norman Gardiner (1930: 125), «el único intento organizado en Italia de hacer del entrenamiento físico parte de la educación», ya que la enseñanza incluía disciplinas de carácter marcadamente militar (conducción de carros, equitación, ejercicios con armas o tiro con arco), pero también carreras pedestres, lanzamiento de disco y jabalina, lucha, boxeo, juegos de pelota, etc., es decir, las disciplinas más características del deporte griego.

Posteriormente Nerón (54–68 p.C.) llevó a cabo un nuevo intento de crear en Roma unos juegos griegos periódicos (con competiciones musicales, atléticas e hípicas), pero su deseo no era tanto fomentar en Roma el deporte griego pensando, como Augusto, que era beneficioso para la sociedad romana y particularmente para la formación de la juventud, sino teniendo en mente sólo su propia gloria. Por eso, los en muchos aspectos esperpénticos *Neronia* («Juegos de Nerón») conocieron únicamente dos celebraciones, en los años 60 y 65, y dejaron de organizarse tras la muerte del emperador (Suet. *Ner.* 12.3–4).

Los Juegos Olímpicos fueron también el modelo que veinte años después guio a Domiciano para fundar en 86 p.C. los Juegos Capitolinos, que fueron, entre las competiciones deportivas del occidente romano que seguían la tradición griega, los que gozaron de una vida más larga y regular, ya que continuaron celebrándose cada cuatro años hasta mediados del siglo IV (Caldelli 1993; Lee 2014). Los Juegos Capitolinos fueron la versión romana de los Juegos Olímpicos (Suet. *Dom.* 4): se celebraban cada cuatro años en honor de Júpiter Capitolino; comprendían competiciones atléticas y ecuestres (y también artísticas, a diferencia de los Juegos Olímpicos); el premio para los vencedores era una corona hecha con las hojas de un árbol sagrado, siendo el roble de Júpiter el sustituto romano del olivo sagrado de Zeus en Olimpia (aunque también, a diferencia de Olimpia, los vencedores recibían premios de valor material); tenían un marcado carácter religioso, reforzado por el hecho de que eran presididos por el sumo sacerdote de Júpiter y el colegio de los sacerdotes «Flaviales» (encargados del culto a la familia Flavia, a la que Domiciano pertenecía); e incluso se disputó en ellos por breve tiempo una carrera femenina a imagen de los Juegos Hereos de Olimpia. Además, los Juegos Capitolinos de Domiciano introdujeron otra primicia en el deporte romano: por vez primera se construyó en Roma un estadio permanente en piedra, con capacidad para unos 15 ó 20.000 espectadores, que se corresponde con el espacio que actualmente ocupa la Piazza Navona.

Ninguna de las competiciones fundadas por emperadores posteriores, ni siquiera las establecidas en el siglo II por la muy filohelena dinastía de los Antoninos y luego por los Severos, pudieron compararse con los Juegos instituidos por Domiciano. Es cierto, no obstante, que durante el reinado de Antoninos y Severos el deporte griego conoció probablemente su mayor apogeo desde la época clásica. Los emperadores no sólo protegieron, como habían hecho sus antecesores, a las asociaciones de atletas y fundaron nuevas competiciones, sino que además dotaron de renovado impulso a los venerables juegos sagrados de Grecia, que vieron cómo los lugares en los que se celebraban eran rehabilitados y sus infraestructuras mejoradas.

Durante los siglos posteriores el deporte griego fue poco a poco decayendo en Roma, pero la causa principal no fue probablemente la revitalización de las posiciones hostiles de quienes se decían defensores de las más genuinas tradiciones romanas, como señalaremos enseguida, sino la expansión del cristianismo y razones de carácter sociopolítico y económico (Weiler 1981: 273–274), que valen igualmente para otros espectáculos

públicos y explican también la decadencia de las competiciones atléticas en el Oriente griego, como trataremos en el apartado 4.

Acabamos de aludir al hecho de que la introducción del deporte griego en Roma se vio dificultada por cuestiones ideológicas. No obstante, en un magnífico trabajo dedicado al tema, Christian Mann (2002: 125) opina que la idea de que la mentalidad romana rechazaba el deporte practicado a la manera griega debe ser revisada, ya que «está en contradicción con la introducción y desarrollo, de manera continuada y sin oposición, de las competiciones de atletas en Roma». Sin embargo, a mi entender tampoco se puede decir de manera tan tajante que las competiciones deportivas a la griega se celebraran en Roma «de manera continuada y sin oposición», ya que fueron relativamente escasas en el Occidente romano y tampoco alcanzaron un éxito extraordinario (al menos en comparación con otros espectáculos), como se deduce de las afirmaciones expresas de los autores latinos. Por ejemplo, Cicerón comienza una de sus *Cartas a Ático* (16.5) con el siguiente comentario sobre los juegos organizados por Bruto en 44 a.C.: «Ha circulado cierto rumor de que a la apertura de los juegos griegos no asistió mucha gente, lo cual no me ha extrañado lo más mínimo; ya conoces lo que opino de los juegos griegos» (véase también *Ad fam.* 7.1.3). Y Tácito (*Ann.* 14.20–21), a propósito de los Juegos de Nerón, indica que, a pesar de los apocalípticos temores de los romanos tradicionalistas, se desarrollaron con más pena que gloria en lo que se refiere a la participación popular en ellos:

En el consulado de Nerón (por cuarta vez) y Cornelio Coso, se instituyeron en Roma los Juegos Cuatrienales, según el modelo de las competiciones griegas, con diversidad de opiniones, tal como suele ocurrir con todas las cosas nuevas [...] Por lo demás, había quienes decían que las costumbres tradicionales, erosionadas poco a poco, quedarían subvertidas de raíz por ese libertinaje importado, de modo que se vería en la Ciudad todo lo que en cualquier lugar pudiera corromperse o corromper; la juventud degeneraría por causa de modas extranjeras, dedicándose a los gimnasios, al ocio y a depravados amores, y todo ello bajo la protección del príncipe y del senado, quienes no sólo habían dado licencia a tales vicios, sino que incluso presionaban para que romanos ilustres, con el pretexto de discursos y poemas, se deshonraran sobre la escena. Sólo faltaba ya que se desnudaran, cogieran los guantes de boxeo y se dedicaran a esos combates en lugar de a la milicia y a las armas [...] Lo cierto es que los espectáculos se desarrollaron sin ningún incidente notable que conllevara vergüenza, y no se suscitó siquiera el entusiasmo del pueblo.

Como se deduce de este texto, en el pensamiento tradicional romano el deporte era considerado un símbolo del modo de vida griego opuesto al modo de vida romano tradicional<sup>21</sup>, y ello por diversas razones (Müller 1996: 207 ss.; Mann 2002; García Romero 2007):

- El hecho de que ciudadanos libres se rebajaran a participar en las competiciones deportivas, ya que para los romanos la participación en espectáculos, incluidos los deportivos, era cosa de esclavos.
- La supuesta inutilidad del entrenamiento de los atletas con vistas a la preparación militar.
- La concepción de la práctica del deporte como una «escuela de vicios», especialmente para los jóvenes, ya que en el pensamiento tradicional romano se le atribuía una influencia relajadora de costumbres y conductas, que podía afectar sobre todo a la juventud.

De estos tres motivos de crítica, el segundo aparece ya en los autores griegos, mientras que el primero y el tercero son más específicamente romanos.

En primer lugar, para los romanos la participación en espectáculos podía ser considerada una *infamia*, una acción impropia de un ciudadano romano libre. En cambio, en Grecia un hombre debía ser necesariamente griego y libre para poder participar en los Juegos Olímpicos y otras competiciones y para poder acceder al gimnasio sin ningún tipo de restricción. Es decir, para los griegos el deporte es un derecho cívico, del que sólo pueden disfrutar plenamente los ciudadanos libres y no los esclavos. Para los romanos, en cambio, la participación en competiciones deportivas y en otros espectáculos son actividades en principio propias de siervos, no de ciudadanos libres (Corn. Nep., prefacio 5; cf. Mann 2002: 150 ss.); otra cosa, como veremos, es la práctica del deporte a título individual, plenamente aceptada y aconsejada.

Como segundo argumento contra el deporte griego, el entrenamiento de los atletas se presenta como inútil para las necesidades de la guerra e incluso como incompatible con el entrenamiento militar tradicional

<sup>21</sup> Véase también Plu. *Quaest. Rom.* 40, 274d: «Los romanos han mirado con mucho recelo el ungirse con aceite [es decir, el practicar el deporte], y piensan que no hay causa mayor de la esclavitud y la relajación a las que han llegado los griegos que los gimnasios y las palestras, pues engendran mucha despreocupación y ocio en las ciudades y también holgazanería, fomentan la pederastia y arruinan los cuerpos de los jóvenes con sueños, paseos, movimientos rítmicos y dietas estrictas, motivos por los que poco a poco abandonaron las armas y les gustó ser llamados ágiles y hermosos deportistas en lugar de valientes hoplitas y jinetes».

romano. Este motivo de crítica se encuentra ya en algunos textos griegos, al menos desde Eurípides (fr. 282 Kannicht; cf. Müller 1996: 99–108; García Soler 2010; Papakonstantinou 2014: 324–325); pero también es cierto que en otros muchos textos griegos se ofrece una valoración positiva de la utilidad militar del entrenamiento atlético (Pritchard 2013; Bernardini 2016; García Romero 2019: 115 ss.), lo que no ocurre en Roma. Así, Horacio (*Sat.* 2.2.9 ss.), por boca del viejo campesino Ofelo, hace un elogio de la vida sobria y austera, y dice al lector: «si te fatiga la milicia romana porque estás acostumbrado a las modas de Grecia [...]», y Quintiliano (11.3.26) subraya la inutilidad de los atletas cuando llega la hora decisiva del enfrentamiento bélico, recogiendo argumentos que se encuentran ya el citado fr. 282 de Eurípides. Especialmente significativo de este tópico del pensamiento romano contra el deporte griego me parece un pasaje de *Farsalia* de Lucano (7.269 ss.). Inmediatamente antes de la decisiva batalla contra las tropas de Pompeyo, César arenga a sus soldados diciéndoles que la victoria sobre los enemigos será fácil, porque el ejército de Pompeyo está lleno de griegos (cf. también Plin. *Min. Pan.* 13,5; Mart. 14.49):

Vosotros podéis con no mucha sangre pretender el dominio del mundo: se enfrentará a vosotros una juventud seleccionada en los gimnasios griegos, enervada en los debates de la palestra y apenas capaz de sostener sus armas.

Como tercer argumento contra el deporte griego, encontramos en los autores latinos la idea de que la práctica del deporte es un camino que conduce al vicio y a la corrupción moral. En los versos 93 ss. de su *Epístola* 2.1 (dirigida a Augusto) Horacio cita la pasión por los atletas entre los síntomas que delatan la relajación que condujo a Grecia a su decadencia social, militar y política:

Grecia, apenas callaron las guerras, comenzó a divertirse y a deslizarse hacia la corrupción por el efecto de la buena fortuna. Se apasionó ya por los atletas, ya por los caballos; se enamoró de los artistas del mármol, del marfil o del bronce; quedó con los ojos y la mente suspendidos ante un cuadro; se complació ya en los tañedores de flauta, ya en los autores de tragedias.

Por su parte, Plinio el Viejo (*HN* 15.19; cf. también 29.26) afirma que «una propiedad del aceite es calentar el cuerpo y protegerlo del frío [...] Los griegos, creadores de todos los vicios, lo convirtieron en un artículo de lujo al extenderlo a los gimnasios». Y su sobrino Plinio el Joven, en una epístola dirigida a Sempronio Rufo (4.22), aprueba el que su amigo el magistrado



Trebonio Rufino haya prohibido una competición atlética que tenía lugar en Viena de la Galia (la actual Vienne), y añade Plinio que a Trebonio Rufino le gustaría incluso que tales juegos fueran abolidos también en Roma (tal vez en una alusión a los Juegos Capitolinos), porque

han corrompido la moral de Viena, como los nuestros las de todo el mundo. Pues los vicios de Viena permanecen dentro de sus propias murallas, mientras que los nuestros se difunden por todas partes. En el Imperio, como en el cuerpo humano, la peor enfermedad es la que comienza por la cabeza.

La misma idea parece compartirla otro corresponsal de Plinio, el emperador Trajano, cuando le comenta, con evidente desdén: «esos griegucillos sienten debilidad por los gimnasios» (Plin. Min. *Ep.* 10.40).

Como permiten deducir los textos de Plutarco (*Quaest. Rom.* 40) y Tácito (*Ann.* 14.20–21) citados más arriba, en esta presentación de gimnasios y palestras como «escuelas de vicios» influyó en buena medida su vinculación con ciertos aspectos que chocaban abiertamente con la tradición moral romana, como son la desnudez y la homosexualidad y en concreto la pederastia (Crowther 2004), cuya relación con los lugares en los que se practica el deporte está bien documentada desde la época arcaica griega y reflejada incluso en la legislación ateniense desde época de Solón, a comienzos del siglo VI a.C. (Mann 2001: 70–81; Scanlon 2002; Lear 2014: 253–255). No es de extrañar, entonces, que incluso un admirador de la cultura griega como Cicerón apruebe una sentencia del poeta Ennio según la cual *flagiti principium est nudare inter civis corpora* («mostrarse desnudos en público es el comienzo de la corrupción», *Tusc.* 4.33.70)<sup>22</sup>.

Los textos citados y otros que se podrían añadir ofrecen una imagen negativa del deporte griego. Ahora bien, ¿esa opinión negativa fue exclusiva de la élite cultural e intelectual romana, o acaso era más ampliamente compartida, incluso por la mayoría de los romanos? ¿Hasta qué punto esas razones obstaculizaron la difusión del deporte griego en el mundo romano? La cuestión es ciertamente difícil de dilucidar y se sigue discutiendo. Las opiniones oscilan entre quienes defienden que el rechazo fue bastante generalizado y constituyó un impedimento fundamental para que el deporte griego calara profundamente en Roma (Gardiner o, más recientemente, Hallet 2005: 61–78) y quienes, como Mann, Newby o Lee, consideran que esas posturas no estuvieron tan generalizadas y no

<sup>22</sup> «Me da la impresión de que es esta una costumbre nacida en los gimnasios griegos, en los que ese tipo de relaciones amorosas son libres y permitidas. Con razón, pues, dice Ennio que mostrarse desnudos en público es el comienzo de la corrupción». Véase también Cic. *Rep.* 4.4.

impidieron una relativamente amplia difusión del deporte griego en el Occidente romano, y que incluso esa «vehement negative reaction may well be a sign of a growing acceptance of Greek sport, whether as spectacle or exercise» (Lee 2014: 540). En mi opinión, aun admitiendo que el deporte a la manera griega pudiera haber alcanzado una difusión más o menos amplia en el Occidente romano, su arraigo nunca fue medianamente profundo. En las competiciones deportivas a la griega que se celebraron en el Occidente romano la participación de ciudadanos romanos fue muy minoritaria y los atletas que competían en ellos provenían en su mayoría de Grecia y Oriente, pues para ellos, a diferencia de lo que ocurría en el caso de los romanos, la participación en tales festivales no era, recogiendo las palabras de Nepote, «infamante, humillante y muy lejos del concepto de honorabilidad».

La idea defendida por Lee de que las vehementes reacciones de algunos contra el deporte griego pudieran ser indicio de su creciente aceptación en Roma había sido ya propugnada por Jean-Paul Thuillier (2004: 174-175), quien las ligaba a la intensificación de las actividades deportivas en las primeras décadas del imperio, «sin duda en relación con el desarrollo de los concursos griegos y, de manera más general, las influencias helénicas» en la cultura romana. Y esa moda «fue sentida por los espíritus más tradicionales como una invasión, e incluso como una verdadera corrupción del *mos maiorum*, la costumbre ancestral». No obstante, Thuillier hace notar que la práctica del deporte no era nada nuevo para los romanos e insiste en que debe desecharse de una vez por todas la creencia de que los romanos no practicaban el deporte, una extendida creencia tal vez apoyada en el hecho de que las multitudes que congregaban los espectáculos del circo y del anfiteatro nos han acostumbrado a ver a los romanos más como espectadores que como practicantes activos.

Apunta Thuillier (2004: 148-149) que, al igual que los griegos, los romanos conocieron las dos formas principales de nuestro deporte moderno: el deporte practicado a título individual (con el propósito de entrenarse para la guerra, mejorar la forma física, cuidar la salud o por simple placer) y el deporte espectáculo (que en Roma alcanzó unas dimensiones y un desarrollo mucho mayor que en Grecia, aunque, como se ha observado más arriba, los ciudadanos romanos rehusaban por lo general participar en esos espectáculos).

Sin duda la preparación para la milicia era la primera motivación que tradicionalmente impulsaba a los jóvenes romanos hacia la práctica del deporte a título individual. Ya cuenta Plutarco (*Cat. Mai.* 20.4) que en la

primera mitad del siglo II a.C. el viejo Catón no quiso dejar en manos de otros la educación de su hijo,

sino que él mismo era el maestro de letras, el maestro de leyes y el maestro de gimnasia, enseñando a su hijo no sólo a lanzar la jabalina, a luchar con armamento pesado y a montar a caballo, sino también a golpear con la mano a puñetazos, a resistir el calor ardiente y el frío y a actuar con fuerza atravesando a nado los remolinos y turbulencias del río.

Se citan, pues, disciplinas orientadas claramente a la formación militar. Pero la preparación para la guerra no era el único objetivo que movía a ejercitar el cuerpo, e indudablemente los romanos acudían a los lugares donde se practicaba el deporte buscando también cuidar la salud y el aspecto físico<sup>23</sup>, y desde luego asimismo para divertirse (Thuillier 1996: 81–94). Y mucho se divertían practicando algunos deportes, especialmente los juegos de pelota, que podían llegar a convertirse en una auténtica pasión, como la que consumía a ese Lauro del que dice Marcial (10.86.1–2) que «nadie ha ardidado tanto quemado por una nueva amante, cuanto se abrasó Lauro con su pasión por la pelota», o la que, cuatro siglos después, sentía el obispo de Arvernia Sidonio Apolinar (*Ep.* 5.17.6), quien comenta que, en una reunión de amigos en la que se discutía si jugar a la pelota o a juegos de mesa, él fue «el primer abanderado de la pelota, a la cual, como sabes, no tengo menos apego que a un libro».

Y los gimnasios de los romanos (además de los Campos de Marte, pensados sobre todo para el entrenamiento de corte militar) eran las termas, cuyo papel como sede de actividades físicas y deportivas no debe ser subestimado poniendo el acento exclusivamente en su función balnearia y social (Thuillier 2004: 162–170; Fagan 2021: 407–410). La palestra, en efecto, era parte importante de la estructura de unas termas (Fagan 2014: 404–407) y, además, en la decoración figurativa de éstas (pinturas, relieves y sobre todo mosaicos) aparecen a menudo representadas escenas deportivas (Thuillier 2004: 165–168; para un exhaustivo estudio, Bohne 2011),

<sup>23</sup> En la primera mitad del siglo I el médico Celso, al comienzo de su obra *Sobre la medicina* (1.1), prescribe la ejercitación física como actividad fundamental para el mantenimiento de la salud, pero, en la misma línea de la medicina griega desde época clásica, desaconseja el deporte de competición por excesivo y en última instancia perjudicial para la salud. Por lo demás, la práctica habitual del ejercicio físico por razones higiénicas por parte de los ciudadanos romanos queda bien ejemplificada por el comentario de una carta de Plinio el Joven (*Ep.* 9.36.4), quien, a finales del I o comienzos del II, cuenta a su amigo Fusco Salinátor cómo pasa el verano en su villa de Toscana y dice que después de la siesta «doy otro paseo, me dan un masaje, hago ejercicio y me baño». Sobre la ejercitación física con fines estéticos, Séneca comienza el cap. 13 de su *Sobre la brevedad de la vida* diciendo: «es largo seguir las huellas de los casos particulares de aquellos cuya vida consumen el ajedrez o la pelota o la preocupación por broncear su cuerpo al sol».

e igualmente las prácticas deportivas en ese entorno son confirmadas por algunos textos literarios (Petr. *Sat.* 27, juegos de pelota; Sen. *Ep.* 56.1, ejercicios con pesas, juegos de pelota, zambullidas; Mart. 7.82 y App. *Flor.* 16.20, entrenamiento en general).

Los romanos conocieron también, y desarrollaron hasta extremos extraordinarios nunca vistos hasta entonces y que posteriormente sólo se han alcanzado, si acaso, en los siglos xx–xxi, la otra forma de deporte antes señalada: el deporte-espectáculo<sup>24</sup>. Y el deporte-espectáculo por excelencia de la antigua Roma fueron las carreras hípicas del circo y en particular las carreras de cuadrigas<sup>25</sup>, a las cuales Thuillier califica de «espectáculo total» y que se han comparado con los más populares y multitudinarios espectáculos deportivos que ofrece el mundo moderno, sean los Juegos Olímpicos, sean las grandes competiciones futbolísticas, sea la *super bowl* de fútbol americano, sean (como propone Fabricia Fauquet en su contribución a este volumen) las carreras de fórmula 1.

Efectivamente, la mayoría de los rasgos esenciales que caracterizan los grandes espectáculos deportivos modernos son perfectamente reconocibles en las carreras de los circos romanos. En las célebres facciones del circo (blancos, rojos, azules y verdes) encontramos ya las legiones de *tifosi* del deporte moderno que apoyan a muerte (a veces literalmente) a sus colores, y se ha señalado a menudo que esas facciones son el más claro antecedente de los modernos clubes deportivos, tan poderosos e influyentes. Los más extraordinarios aurigas de los circos romanos eran verdaderas superestrellas que poco o nada tendrían que envidiar (en popularidad, influencia social y ganancias económicas) a las mayores figuras del deporte moderno. Las espectaculares instalaciones deportivas podrían competir sin ningún complejo con los estadios actuales (bien conocido es el hecho de que el Circo Máximo de Roma llegó a tener capacidad para acoger a 150.000 espectadores); esas instalaciones acogían a un público multitudinario, entusiasta y entregado, formado por individuos de todas las clases sociales y de ambos sexos: muy citado es un largo pasaje de los *Amores* de Ovidio (3.2.19 ss.) en el que el poeta de Sulmona describe el circo como lugar ideal para intentar acercamientos amorosos, y Dionisio de Halicarnaso (2.30–31) narra cómo, en los albores de la historia de Roma, las sabinas fueron raptadas por los ro-

<sup>24</sup> El extraordinario desarrollo del deporte como espectáculo en Roma no supuso la pérdida total de otros factores, incluida su función religiosa; véase, por ejemplo, Thuillier (2004: 178–179) y Zaleski (2014).

<sup>25</sup> Como introducción a las carreras del circo, en sus diversos aspectos, sobre las cuales se ha generado una abundantísima bibliografía, véase Cameron 1976; Humphrey 1986; Thuillier 1996: 61–78 y 95–137, y 2004: 178–233; Muñoz Santos 2022.

manos cuando acudieron a su ciudad a presenciar unas fiestas que incluían carreras hípicas. Dada las grandes multitudes que congregaban, las competiciones llegaron a exigir una organización muy compleja en todas sus etapas y aspectos, que implicaba a muchísima gente, y, como en los grandes eventos deportivos actuales, el espectáculo no solamente incluía las competiciones propiamente dichas, sino también actividades adicionales como procesiones solemnes, números musicales o teatrales entre prueba y prueba o la venta de toda clase de productos y *merchandising* de objetos relacionados con las competiciones. En fin, un peso económico y una influencia social y política bien conocida en nuestro deporte actual.

Parte de esos rasgos los comparten también, en menor medida, las actividades que se desarrollaban en los anfiteatros. No obstante, es cuestión muy debatida si esas actividades, y en concreto la más popular de ellas, los combates de gladiadores, pueden ser considerados deporte (Fagan 2014: 468). Thuillier, por ejemplo, no los incluye en sus libros generales sobre deporte romano, ni tampoco Poliakoff (1987) en su libro sobre deportes de combate en el mundo antiguo (sí lo hace, en cambio, Golden en su diccionario del deporte en la Antigüedad), y son muchos los especialistas que se muestran reacios a llamarlos «deporte» y más bien suelen referirse a ellos como «espectáculos». No obstante, dada la importancia que adquirieron en el mundo romano, no hemos querido que los combates de gladiadores estuvieran ausentes en nuestro volumen y a ellos se dedica la contribución de Alfonso Mañas, quien aborda el controvertido tema de los orígenes de la gladiatura, haciendo hincapié en la influencia griega frente a las tesis que postulan sobre todo unos orígenes etruscos u osco-samnitas (Dunkle 2008: 10–13).

#### 4. El final del deporte antiguo

Hasta fechas muy recientes estaba bien asentada la idea de que los Juegos Olímpicos antiguos habían sido abolidos por un edicto publicado en el año 393 por el emperador Teodosio I, pero su veracidad es sumamente discutible, como han puesto en evidencia los estudios dedicados al tema en los últimos años (Fagnoli 2003; Weiler 2004; Verratti 2009; Remijsen 2015; Durántez Corral 2017; García Romero 2019: 242–253). Esa creencia se basaba casi exclusivamente en un texto del historiador del siglo XI Jorge Cedreno, que, sin embargo, hace agua por todas partes. Dice así Cedreno, *Σύνοψις ἱστοριῶν* 573 ss. (121, cols. 621–623 Migne):

En ese tiempo se extinguió la fiesta de las Olimpíadas, que se celebraba cada cuatro años. Y dio comienzo tal fiesta cuando Manases reinó sobre los judíos, y se mantuvo hasta el reinado del propio Teodosio el Grande. Y empezaron a contarse las indicciones, que habían comenzado a partir de Augusto César en el año decimoquinto de su reinado. Y se denomina «indicción» (es decir, «inacción») la victoria que tuvo lugar en Accio [...] Teodosio el Grande trajo de Roma al comienzo de su reinado a Arsenio el Grande, porque había oído hablar de su sabiduría y de sus conocimientos divinos, y le entregó a Arcadio y Honorio, sus hijos, para que los instruyera en las sagradas escrituras, y lo hizo padre de emperadores. Este Arsenio una noche elevó una plegaria a Dios y escuchó una voz que le decía: «Arsenio, huye de los hombres y te salvarás». Este Teodosio destruyó hasta los cimientos todos los templos idólatras, que Constantino el Grande había ordenado únicamente que fueran clausurados. Y en Milán enfermó y se durmió en el Señor, cuando tenía 60 años y había reinado 17 años.

Muchos de los datos que ofrece Cedreno en el pasaje son falsos. Teodosio I no murió a los 60 años, sino a los 48 (347–395). El sistema de computar el tiempo a base de períodos de quince años llamados «indicciones», habitual en el Imperio Bizantino, no fue establecido por Augusto, sino por Constantino trescientos años después. Y desde luego es absolutamente fantástica la etimología que hace derivar el término «indicción» de la batalla de Accio. Y, sobre todo, Cedreno parece estar confundiendo a Teodosio I con su nieto Teodosio II, emperador entre 408 y 450. En efecto, el pasaje comienza con la afirmación de que los Juegos Olímpicos se extinguieron en la misma época en la que acontecieron los sucesos que se acaban de narrar, a saber, el perdón concedido por Teodosio a los cristianos que habían incendiado la sinagoga de Constantinopla. Pero, como apunta Iole Fagnoli (2003: 123 ss.), la sinagoga de Constantinopla fue en realidad incendiada bajo el reinado de Teodosio II, y Cedreno probablemente confunde ese suceso con el incendio de la sinagoga de la ciudad siria de Calinico del Éufrates, en el año 388. Y a Teodosio II, y no a Teodosio I, apunta igualmente el dato de que «este Teodosio destruyó hasta los cimientos todos los templos idólatras», si es cierta la información transmitida por los escolios a Luciano (*Rh. pr.* 9), que indican que los Juegos Olímpicos acabaron cuando Teodosio II hizo incendiar el templo de Zeus en Olimpia, una noticia que concuerda bien con la promulgación de un edicto datado el 14 de noviembre de 435 (*Codex Theodosianus* 16.10.25), el cual establece que sean destruidos todos los templos paganos que aún permanecían en pie. En consecuencia, es más verosímil fechar el final de

los Juegos Olímpicos antiguos bajo el reinado de Teodosio II que bajo el reinado de Teodosio I.

Los estudios de los últimos veinte años han insistido, además, en la idea de que el declive y desaparición del deporte griego antiguo y de su manifestación más característica, las competiciones atléticas, se debió a una conjunción de factores más compleja que la simple idea de que leyes imperiales, instigadas por el cristianismo triunfante, acabaron con la vida de las competiciones. Es un hecho que a partir de la segunda mitad del siglo III disminuyen significativamente las noticias que nos transmiten los testimonios literarios, epigráficos y arqueológicos sobre los cientos de competiciones deportivas que se disputaban a lo largo de todo el Imperio. Hacia 350 la mayoría de ellas dejan de estar documentadas, y un siglo después sólo sabemos de una competición que continuara aún con vida: los Juegos Olímpicos de Antioquía de Siria (Remijsen 2015: 93–104; García Romero 2019: 234–237).

No puede descartarse que de alguna manera influyeran en el declive de las competiciones deportivas factores de carácter externo, como los terremotos que en la segunda mitad del siglo III afectaron a los santuarios en los que se celebraban los juegos, o la inestabilidad y los daños materiales provocados por las invasiones de los bárbaros (la invasión y saqueo de Grecia por los hérulos en el año 267 afectó a muchos santuarios entre ellos el de Olimpia, pero hasta el año 385 conocemos los nombres de campeones olímpicos, lo que parece ser indicio de que al menos los Juegos Olímpicos continuaron celebrándose con cierta normalidad). Indudablemente, el peso principal de la argumentación que explica la muerte del deporte antiguo debe recaer en factores internos, en concreto en las cambiantes circunstancias sociopolíticas, culturales y religiosas, que explicarían por qué en esos momentos las competiciones deportivas griegas no pudieron adaptarse al nuevo contexto, tal como habían hecho hasta entonces en el largo curso de los siglos, y terminaron desapareciendo.

Los estudios recientes han insistido en que el contexto sociopolítico, económico y religioso pudo provocar la desaparición paulatina de muchas competiciones locales, lo cual pudo terminar teniendo efectos catastróficos sobre toda la red de agones atléticos del Imperio. Efectivamente, la clausura de unos pocos de esos festivales menores podía causar un efecto dominó sobre las competiciones que tenían lugar en una determinada región y, en general, sobre todo el circuito. El éxito de unos juegos deportivos dependía de su capacidad para atraer buenos atletas en cantidad suficiente, y si en una determinada zona algunos juegos dejaban de celebrarse por

problemas económicos o de otro tipo, los organizadores de las demás competiciones es probable que tuvieran más dificultades para conseguir que los atletas se animasen a emprender una gira por esa región, ahora que corrían el riesgo de que ya no les resultara rentable sufragar los gastos de largos y duraderos desplazamientos. La cancelación de los festivales locales habría terminado por afectar al conjunto del circuito de competiciones, que habría colapsado definitivamente cuando la crisis (económica e ideológica) afectó a las grandes competiciones, probablemente ya en el siglo v.

Ahora bien, ¿por qué motivos dejaron de organizarse esos juegos?<sup>26</sup> Sin duda, los problemas económicos jugaron un papel fundamental, comenzando con la crisis del siglo III. Una *Carta a favor de los habitantes de Argos* conservada en el *corpus* epistolar atribuido a Juliano (198 Bidez) revela que posiblemente a mediados del siglo IV los Juegos Nemeos atravesaban por graves problemas económicos. Y esos problemas debieron de afectar grandemente a los juegos locales, que dependían de la financiación procedente de los benefactores particulares (véanse, por ejemplo, las *Cartas* 216 y 439 de Libanio). Tales posibilidades de financiación se habrían visto reducidas debido a la disminución del poder económico y político de las élites provinciales, una de cuyas causas fueron las reformas administrativas centralizadoras iniciadas por Diocleciano a finales del siglo III, que debilitaron considerablemente el poder y la capacidad de maniobra de las élites de las ciudades. Esas élites parece que se inclinaban ahora en mayor medida por gastar su dinero en los espectáculos a la manera romana, que iban ganando popularidad también en la parte oriental del Imperio, tradicionalmente de cultura griega. Y, puestos a financiar competiciones deportivas a la manera griega, los notables de las ciudades preferirían contribuir a la organización de festivales mayores que rebasaban el ámbito local, ambicionando puestos en la administración en las capitales provinciales o en las ciudades cabeza de las doce diócesis en que había quedado dividido el Imperio.

Sin duda desempeñó también un papel importante en el declive de las competiciones deportivas griegas el rechazo de los apologistas cristianos griegos y latinos hacia los espectáculos paganos. Tertuliano (*Spect.* 18.3) califica las actividades de la palestra de *diaboli negotium*, «actividad del diablo», y los espectáculos son igualmente estigmatizados en otros numerosos escritos cristianos desde los siglos II–III, de los que son buenos ejemplos el *Sobre los espectáculos* de Novaciano, el *Discurso contra los*

<sup>26</sup> Sobre lo sucedido en el caso de los espectáculos romanos, véase Milliman 2014.



*griegos* de Taciano (22–23) o las *Instituciones divinas* de Lactancio<sup>27</sup>. Las críticas de los panegiristas cristianos van dirigidas prioritariamente contra los sangrientos espectáculos del anfiteatro, y también contra las carreras ecuestres del circo y contra el teatro, pero tampoco se libran de ellas las competiciones deportivas griegas. Los *spectacula* son presentados por los apologistas cristianos como inmorales y desmoralizadores, y además como pecado de idolatría, ya que son una manifestación de la religión de los paganos y sus ritos; véase, a propósito concretamente de las competiciones atléticas, Clem. Alex. *Paed.* 3.76.3 (que llama a los estadios y a los teatros *καθέδρα λοιμῶν* «cátedra de pestilencias», expresión tomada de *Salmos* 1.1), Tert. *Spect.* 11, Lact. *Inst.* 6.20.33 ss., Basilio de Seleucia, *Serm.* 27, etc.

En definitiva, el carácter religioso de las competiciones deportivas griegas fue un factor fundamental para su declive y desaparición final, hubiera o no un edicto imperial específico que clausurara los juegos, sobre cuya existencia no existen pruebas firmes. En todo caso, de haber existido, ese edicto no hubiera sido el único factor determinante, sino más probablemente la puntilla que acabó con la vida de unas instituciones esenciales en la cultura griega antigua y que ya desde tiempo atrás venían experimentando un proceso de decadencia por motivos culturales, sociopolíticos y económicos. No deja de tener valor simbólico el hecho de que en los siglos V–VI se levantara una iglesia en lo que había sido la palestra del santuario de Delfos y otra en el llamado «taller de Fidias» en Olimpia, y que también la sede central en Roma del otrora muy influyente sindicato de atletas pasara a manos de la Iglesia por donación de Teodosio II hacia 430 (Remijsen 2015: 56, 249). Solamente las carreras hípicas del hipódromo pervivieron, y con extraordinaria fuerza, en la Edad Media bizantina, desapareciendo también, como el resto de las competiciones deportivas antiguas, en Occidente.

## Referencias bibliográficas

- ALBANIDIS, E., GARCÍA ROMERO, F. & PAVLOGIANNIS, O. (2006) «The joint participation of Greeks and “barbarians” in athletic activities during the Hellenistic and Roman Times», *Nikephoros* 19, 187–226.
- ARRIGONI, G. (1985) «Donne e sport nel mondo greco, religione e società» e «Iconografia della ginnastica e atletica femminile nel mondo greco», en G. Arrigoni (ed.), *Le donne in Grecia*, Roma-Bari, Laterza, 55–128 y 129–201.

<sup>27</sup> Véase Betancor, Santana & Vilanou, 2001: 28 ss.; García Romero 2019: 246–252; Potter 2021.

- BECK, F. A. (1964) *Greek education (450–350 B.C.)*, Londres, Routledge.
- BERNARDINI, P. A. (1988) «Le donne e la pratica della corsa nella Grecia antica», en P. A. Bernardini (ed.), *Lo sport in Grecia*, Roma-Bari, Laterza, 157–184.
- BERNARDINI, P. A. (2016) *Il soldato e l'atleta. Guerra e sport nella Grecia antica*, Bologna, Mulino.
- BERTOLÍN CEBRIÁN, R. (2020) *The athlete in the ancient Greek world*, Norman, University of Oklahoma Press.
- BETANCOR, M. A., SANTANA, G. & VILANOÛ, C. (2001) *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Las Palmas-Madrid, Ediciones Clásicas-Universidad de Las Palmas.
- BEVAGNA, G. (2014) «Etruscan sport», en Christesen & Kyle, 395–411.
- BIELMAN, A. (1998) «Femmes et Jeux dans le monde grec hellénistique et impérial», en R. Frei-Stolba & A. Bielman (eds.), *Femmes et vie publique dans l'antiquité gréco-romaine*, Lausaana, Université de Lausanne, 33–50.
- BOHNE, A. (2011) *Bilder vom Sport. Untersuchungen zur Ikonographie römischer Athleten-Darstellungen*, Hildesheim, Weidmann.
- BRULÉ, P. (2006) «Le corps sportif», en F. Prost & J. Wilgaux, *Penser et représenter le corps dans l'Antiquité*, Rennes, Presses Universitaires, 263–287.
- CALDELLI, M. L. (1993) *L'agon Capitolinus: storia e protagonisti dall'istituzione Domiziana al IV secolo*, Roma, Istituto Italiano per la Storia Antica.
- CALDELLI, M. L. (1997) *Gli agoni alla greca nelle regioni occidentali dell'impero: la Gallia Narbonensis*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei.
- CAMERON, A. (1976) *Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford, Clarendon.
- CARTLEDGE, P. (2021) «Sparta's contributions to Greek sport», en Futrell & Scanlon, 367–377.
- CASARICO, L. (1982) «Donne ginnasiarco», *ZPE* 48, 117–123.
- CHRISTESEN, P. (2007) «The transformation of athletics in sixth-century Greece», en G. P. Schaus & S. R. Wenn, *Onward to the Olympics. Historical perspectives on the Olympic Games*, Waterloo (Ontario), Canadian Institute in Greece, 59–68.
- CHRISTESEN, P. (2012) *Sport and democracy in the ancient and modern worlds*, Cambridge; University Press.
- CHRISTESEN, P. (2014a) «Sport and society in Sparta», en Christesen & Kyle, 146–157.
- CHRISTESEN, P. (2014b) «Sport and democratization in ancient Greece», en Christesen & Kyle, 211–234.
- CHRISTESEN, P. (2018) «Sparta and Athletics», en A. Powell (ed.), *A Companion to Sparta*, Malden-Oxford, Wiley Blackwell, 543–564.
- CHRISTESEN, P. & KYLE, D. G. (eds.) (2014) *A Companion to sport and spectacle in Greek and Roman Antiquity*, Malden-Oxford, Wiley Blackwell.
- COLE, S. G. (1981) «Could Greek women read and write?», en H. P. Forley (ed.), *Reflections of women in Antiquity*, Nueva York-Londres-París, Routledge, 219–245.

- CROWTHER, N. B. (1992) «Slaves and Greek Athletics», *QUCC* 69, 35–42 (recogido en N. B. Crowther, *Athletika. Studies on Olympic Games and Greek athletics*, Hildesheim, Weidmann, 2004, 247–253).
- CROWTHER, N. B. (2004) «Roman attitudes to Greek sport», en N. B. Crowther, *Athletika. Studies on Olympic Games and Greek athletics*, Hildesheim, Weidmann, 375–422.
- D'AMORE, L. (2021) «Economic aspects of athletic competition in the archaic and classical age», en Futrell & Scanlon, 511–520.
- DAUBNER, F. (2015) «*Gymnasia*, aspects of a Greek institution in the Hellenistic and Roman Near East», en M. Blömer, A. Lichtenberger & R. Raja (eds.), *Religious identities in the Levant from Alexander to Muhammed. Continuity and change*, Turnhout, Brepols, 33–46.
- DECKER, W. (2012<sup>2</sup>) *Sport in der griechischen Antike*, Hildesheim, Arete Verlag.
- DECKER, W. (2014) *Antike Spitzensportler. Athletenbiographien aus dem Alten Orient, Ägypten und Griechenland*, Hildesheim, Arete Verlag.
- DILLON, M. P. (2013) «Engendering the scroll: girls' and women's literacy in Classical Greece», en J. Evans Grubb, T. Parkin & S. Bell (eds.), *The Oxford handbook of childhood and education in the Classical World*, Oxford, Oxford University Press, 396–417.
- DILLON, M. P. (2021) «Cult and competition», en Futrell & Scanlon, 567–591.
- DI NANNI, D. (2015) *Concorsi sportivi e propaganda politica in età ellenistica*, Ariccia, Aracne.
- DI NANNI, D. (2021) *Le donne e gli agoni nel mondo Greco-romano*, Nápoles, Aracne.
- DUNKLE, R. (2008) *Gladiators: violence and spectacle in Ancient Rome*, Londres-Nueva York, Routledge.
- DUNNING, E. & ROJEK, C. (eds.) (1992) *Sport and leisure in the civilizing process: critique and counter-critique*, Basingstoke-Londres, University of Toronto.
- DURÁNTEZ CORRAL, C. (2017) *El emperador Teodosio I el Grande y los Juegos de Olimpia*, Madrid, Comité Olímpico Español.
- EHRENBERG, A. (1991) *Le culte de la performance*, París, Calmann-Lévy (citamos por su artículo «Estadios sin dioses», *Revista de Occidente* 135–135, 1992, 93–109).
- FAGAN, G. G. (2014) «Gladiatorial combat as alluring spectacle», en Christesen & Kyle, 465–477.
- FAGAN, G. G. (2021) «Gymnasium and bath», en Futrell & Scanlon, 402–411.
- FARGNOLI, I. (2003) «Sulla “caduta senza rumore” delle Olimpiadi classiche», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 50, 119–154.
- FISHER, N. (1998) «Gymnasia and the democratic values of leisure», en P. Cartledge, P. Millett & S. von Reden (eds.), *Kosmos. Essays in order, conflict and community in classical Athens*, Cambridge, University Press, 84–104.
- FISHER, N. (2018) «Athletics and Citizenship», en A. Duplouy & R. Brock (eds.),

- Defining citizenship in Archaic Greece*. Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 189–225.
- FORBES, C. A. (1929), *Greek physical education*, Nueva York-Londres, Century Company.
- FORNIS VAQUERO, C. (2022) «La cultura del agón en Esparta: deporte, educación y cultos cívicos», en R. Gordillo Hervás, E. Ferrer Albelda & A. Pereira Delgado (eds.), *Compitiendo para los dioses: los rituales agonísticos en el mundo antiguo*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 97–132.
- FORTUIN, R. W. (1996) *Der Sport im augusteischen Rom*, Stuttgart, Franz Steiner.
- FUTRELL, A. & SCANLON, TH. F. (eds.) (2021) *The Oxford handbook of sport and spectacle in the Ancient World*, Oxford, Oxford University Press.
- GARCÍA ROMERO, F. (1992) *Los Juegos Olímpicos y el deporte en Grecia*, Sabadell, AUSA.
- GARCÍA ROMERO, F. (2007) «Greek sport and Roman identity», en B. Kratzmüller et alii (eds.), *Sport and the construction of identities*, Viena, Verlag Turia Kant, 443–452 (versión castellana: «El deporte griego en Roma», *Semanas de Estudios Romanos* 12, 2004, 105–123).
- GARCÍA ROMERO, F. (2013) «Pratica dello sport e limiti del corpo nel *Corpus Hippocraticum* e negli scritti di Platone ed Aristotele», *Medicina nei Secoli* 25.2, 473–490.
- GARCÍA ROMERO, F. (2014) «Mitos del deporte civilizador», en A. Pérez Jiménez (ed.), *Realidad, fantasía, interpretación, funciones y pervivencia del mito griego. Estudios en honor del profesor Carlos García Gual*, Zaragoza, Pórtico, 283–296.
- GARCÍA ROMERO, F. (2015) «Saltos del toro y carreras rituales. Deporte femenino y religión en la antigua Grecia», *El Futuro del Pasado* 6, 35–67.
- GARCÍA ROMERO, F. (2016) «Educación física femenina en la Grecia arcaica y clásica: una comparación entre Esparta, Atenas y las ciudades ideales», *Rivista Italiana di Pedagogia dello Sport* 1, 83–97.
- GARCÍA ROMERO, F. (2019) *El deporte en la Grecia antigua. Aspectos sociopolíticos y culturales*, Madrid, Síntesis.
- GARCÍA SOLER, M.ª J. (2010) «Eurípides' critique of athletics in *Autolykus*, fr. 282 N<sup>2</sup>», *Nikephoros* 23, 139–153.
- GARDINER, E. N. (1930) *Athletics of the Ancient World*, Oxford, Oxford University Press (reimpreso en Chicago, Ares, 1979).
- GAUTHIER, PH. & HATZOPOULOS, M. B. (1993) *La loi gymnasiarchique de Béroia*, Atenas, Meletémata.
- GOLDEN, M. (1998) *Sport and society in Ancient Greece*, Cambridge, University Press.
- GOLDEN, M. (2004) *Sport in the Ancient World from A to Z*, Londres-Nueva York, Routledge.
- GOLDEN, M. (2008) *Greek sport and social status*, Austin, University of Texas.
- GONZÁLEZ AJA, T. (2000) *El deporte a través del arte: el Mundo Antiguo, del agón al ludus*, Madrid, Comunidad de Madrid.

- GRIFFITH, M. (2001), «“Public” and “private” in early Greek institutions of education», en Y. L. Too (ed.), *Education in Greek and Roman Antiquity*, Leiden-Boston, Brill, 23–84.
- GUTTMANN, A. (1978) *From ritual to record. The nature of modern sports*, Nueva York, Columbia University Press.
- GUALAZZINI, U. (1965) *Premesse storiche al diritto sportivo*, Milán, Giuffrè Editore.
- HALLETT, C. (2005) *The Roman Nude: Heroic Portrait Statuary 200 b.c.–a.d. 300*, Oxford, Oxford University Press.
- HARRIS, H. A. (1964) *Greek athletes and athletics*, Londres, Hutchinson.
- HODKINSON, S. (1999) «An Agonistic Culture? Athletic Competition in Archaic and Classical Spartan Society», en S. Hodkinson y A. Powell (eds.), *Sparta. New Perspectives*, Londres, Duckworth, 147–187.
- HUMPHREY, J. (1986) *Roman circuses. Arenas for chariot racing*, Londres, Batsford.
- KAH, D. & SCHOLZ, P. (eds.) (2007) *Das hellenistischen Gymnasium*, Berlín, Akademie Verlag.
- KENNEL, N. (1995) *The gymnasium of virtue. Education and culture in Ancient Sparta*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- KENNEL, N. (2021) «Gymnasium and Polis», en Futrell & Scanlon, 488–508.
- KERKESLAGER, A. (1997) «Maintaining jewish identity in the Greek gymnasium: a jewish load», *Journal for the Study of Judaism in the Persian, Hellenistic and Roman Period* 28, 12–33.
- KYLE, D. G. (1987), *Athletics in Ancient Athens*, Leiden, Brill.
- KYLE, D. G. (1997) «The first hundred Olympiads: a process of decline or democratization?», *Nikephoros* 10, 53–75.
- KYLE, D. G. (1998) «Games, prizes and athletics in Greek sport: patterns and perspectives (1975–1997)», *Classical Bulletin* 74, 103–127.
- KYLE, D. G. (2014a) «Sport, society, and politics in Athens», en Christesen & Kyle, 159–175.
- KYLE, D. G. (2014b) «Greek female sport: rites, running, and racing», en Christesen & Kyle, 258–274.
- KYLE, D. G. (2015<sup>2</sup>) *Sport and Spectacle in the Ancient World*, Malden-Oxford, Wiley Blackwell.
- LÄMMER, M. (1973) «The introduction of Greek contests into Jerusalem through Herod the Great and its political significance», en U. Simri (ed.), *Physical education and sport in the Jewish history and culture*, Netanya, Wingate Institute, 18–38.
- LÄMMER, M. (1981) «Women and sport in ancient Greece. A plea for a critical and objective approach», en J. Borms, M. Hebbelink & A. Venerando (eds.), *Women and sport. A historical, biological, physiological and sportmedical approach*, Basilea, Karger 16–23.
- LANGENFELD, H. (2006) «Olympia – Zentrum des Frauensport in der Antike? Die Mädchen-Wettläufe beim Hera-Fest in Olympia», *Nikephoros* 19, 153–185.
- LEAR, A. (2014) «Eros and Greek sport», en Christesen & Kyle, 246–256.

- LEE, H. M. (1988) «SIG<sup>3</sup> 802: did women compete against men in Greek athletic festivals?», *Nikephoros* 1, 103–117.
- LEE, H. M. (2014) «Greek sports in Rome», en Christesen & Kyle, 533–542.
- MANDELL, R. D. (1984) *Sport. A cultural history*, Nueva York, Columbia University Press (trad. castellana, *Historia cultural del deporte*, Barcelona, Bellaterra, 1986).
- MANN, CH. (2001) *Athlet und Polis im archaischen und frühklassischen Griechenland*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- MANN, CH. (2002) «Griechischer Sport und römische Identität: die *certamina athletarum* in Rom», *Nikephoros* 15, 125–158.
- MANN, CH. (2008) *Antike. Einführung in die Altertumswissenschaften*, Berlín, Akademie Verlag.
- MANN, CH. (2014) «People on the fringes of Greek sport», en Christesen & Kyle, 276–286.
- MANN, CH. (2020) «Neither amateurs nor professionals: the status of Greek athletes», en E. Steward, E. Harris & D. Lewis, *Skilled labour and professionalism in ancient Greece and Rome*, Cambridge, University Press, 313–332.
- MANN, CH., REMIJSEN, S. & SCHARFF, S. (eds.) (2016) *Athletics in the Hellenistic World*, Stuttgart, Franz Steiner.
- MANTAS, K. (1995) «Women and athletics in the Roman East», *Nikephoros* 8, 125–144.
- MAÑAS, A. (2013) *Gladiadores. El gran espectáculo de Roma*, Barcelona, Ariel.
- MILLER, ST. G. (2004) *Ancient Greek athletics*, New Haven, Yale University Press.
- MILLER, ST. G. (2014) «The Greek stadium as a reflection of a changing society», en Christesen & Kyle, 287–294.
- MILLIMAN, P. (2021) «The decline and fall of the spectacle», en Futrell & Scanlon, 194–206.
- MIRANDA DE MARTINO, E. (2014) «Les Sebasta de Naples à l'époque de Domitien. Témoignages épigraphiques», *Comptes Rendues de l'Academie d'Inscriptions et Belles Lettres* 158.3, 1165–1188.
- MORETTI, L. (1953) *Iscrizioni agonistiche greche*, Roma, Signorelli.
- MÜLLER, S. (1995) *Das Volk der Athleten: Untersuchungen zur Ideologie und Kritik des Sports in der griechisch-römischen Antike*, Tréveris, WVT.
- MUÑOZ SANTOS, M.<sup>a</sup> E. (2022), *Gladiadores, fieras, carros y otros espectáculos en la antigua Roma*, Madrid, Síntesis.
- MURRAY, S. C. (2014) «The role of religion in Greek sport», en Christesen & Kyle, 309–319.
- NAGY, G. (2021) «Athletic contests in contexts of epic and other related archaic texts», en Futrell & Scanlon, 283–304.
- NAVARRO GONZÁLEZ, J. L. (2005) «Los juegos en Grecia: el nacimiento de un mito», en F. García Romero & B. Hernández García (eds.), *In corpore sano. El deporte en la Antigüedad y la creación del moderno olimpismo*, Madrid, SEEC, 15–29.

- NELLS, J. (2014) «Picturing victory: representations of sport in Greek art», en Christesen & Kyle, 81–97.
- NEWBY, Z. (2005) *Greek athletics in the Roman world: victory and virtue*, Oxford, Oxford University Press.
- NEWBY, Z. (2014) «Greek festivals in the Roman era», en Futrell & Scanlon, 168–181.
- NICHOLSON, N. J. (2005) *Aristocracy and athletics in archaic and classical Greece*, Cambridge, University Press.
- NIELSEN, TH. H. (2014) «An essay on the extent and significance of the Greek athletic culture in the Classical Period», *Proceedings of the Danish Institute at Athens* 8, 11–35.
- VAN NIJF, O. (1999) «Athletics, festivals and Greek identity in the Roman East», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 45, 176–200.
- VAN NIJF, O. (2012) «Political games», en K. Coleman & J. Nelis-Clément (eds.), *L'organisation des spectacles dans le monde Romain*, Vandoeuvres-Ginebra, Fondation Hardt, 47–95.
- VAN NIJF, O. (2016) «Connecting the Greeks: festival networks in the Hellenistic world», en Mann, Remijsen & Scharff, 43–71.
- PAGANINI, M. C. (2021) *Gymnasia and Greek identity in Ptolemaic Egypt*, Oxford, Oxford University Press.
- PAPAKONSTANTINOY, Z. (2002) «Prizes in early archaic Greek sport», *Nikephoros* 15, 51–67.
- PAPAKONSTANTINOY, Z. (2014) «Ancient critics of Greek sport», en Christesen & Kyle, 320–331.
- PAPAKONSTANTINOY, Z. (2019) *Sport and identity in Ancient Greece*, Londres-Nueva York, Routledge.
- PAPAKONSTANTINOY, Z. (2021) «Conflict and Accomodation», en P. Christesen & C. Stocking (eds.), *A Cultural History of Sport in Antiquity*, Londres, Bloomsbury, 121–139.
- PAPAKONSTANTINOY, Z. (ed.) (2010) *Sport in cultures of the ancient world. New perspectives*, Londres-Nueva York, Routledge.
- PERRY, T. P. J. (2014) «Sport in the Early Iron Age and Homeric Epic», en Christesen & Kyle, 53–67.
- PETERMANDL, W. (2014) «Growing up with Greek sport: education and athletics», en Christesen & Kyle, 236–245.
- PLEKET, H. W. (1975) «Games, prizes, athletes and ideology: some aspects of the history of sport in the Graeco-Roman world», *Stadion* 1, 49–89.
- PLEKET, H. W. (2001) «Zur Soziologie des antiken Sports», *Nikephoros* 14, 157–212 (actualización de un artículo publicado originalmente en 1974; recogido en Scanlon [ed.] 2014).
- PLEKET, H. W. (2004) «Einige Betrachtigungen zum Thema: Geld und Sport», *Nikephoros* 17, 77–89.

- PLEKET, H. W. (2014a) «Inscriptions as evidence for Greek sport», en Christesen & Kyle, 98–111.
- PLEKET, H. W. (2014b) «Sport in Hellenistic and Roman Asia Minor», en Christesen & Kyle, 364–375.
- POLIAKOFF, M. (1984) «Jacob, Job, and other wrestlers: reception of Greek athletics by Jews and Christians in Antiquity», *Journal of Sport History* 11, 48–65.
- POLIAKOFF, M. (1987) *Combat Sports in the Ancient World*, New Haven, Yale University Press.
- POLIAKOFF, M. (2021) «Greek combat sports and the borders of athletics, violence, and civilization», en Futrell & Scanlon, 221–231.
- POLVERINI, L. (1978) «La prima manifestazione agonistica di carattere periodico a Roma», en L. Gasperini (ed.), *Scritti storico-epigrafici in memoria de L. Zambelli*, Roma, Centro Editoriale Internazionale, 325–332.
- POTTER, D. (2021) «Roman games and spectacle: Christian identity and the arena», en Futrell & Scanlon, 182–192.
- PRITCHARD, D. (2013) *Sport, Democracy, and War in Classical Athens*, Cambridge, University Press (un resumen de las ideas centrales puede consultarse en «Deporte y democracia en la Atenas Clásica», *El futuro del pasado* 6, 2015, 69–86).
- PRITCHARD, D. (2021) «Athletic, participation, training, and adolescent education», en Futrell & Scanlon, 629–649.
- REMIJSEN, S. (2014) «Greek sport in Egypt. Status symbol and lifestyle», en Christesen & Kyle, 350–363.
- REMIJSEN, S. (2015) *The end of Greek athletics in late Antiquity*, Cambridge, University Press.
- RODRÍGUEZ ALCOCER, M.ª M. (2018), *La educación de las mujeres espartanas*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid (<<https://docta.ucm.es/entities/publication/8665e322-c83a-47a8-82df-8dc3d96f7261>>).
- ROUBINEAU, J. M. (2016) *Milon de Crotona ou l'invention du sport*, París, PUF.
- SANNIBALE, M. (2004) «Sports in Etruria: The adoption of a Greek ideal between reality and symbolism», en N. Stampolidis & G. Tassoulas (eds.), *Magna Graecia: Athletics and the olympic spirit on the periphery of the Hellenic world*, Atenas, Museum of Cycladic Art, 81–101.
- SCANLON, TH. F. (1988) «*Virgineum Gymnasium*: Spartan females and early Greek athletics», en W. Raschke (ed.), *The archaeology of the Olympics*, Wisconsin, University of Wisconsin, 185–216.
- SCANLON, TH. F. (2002) *Eros and Greek athletics*, Oxford, Oxford University Press.
- SCANLON, TH. F. (ed.) (2014) *Sport in the Greek and Roman Worlds*, Oxford, Oxford University Press.
- STAVROU, D. (2016) *The gymnasium in the Hellenistic East. Motives, divergences, and network contacts*, Tesis Leicester University (<[http://religiondocbox.com/Pagan\\_and\\_Wiccan/74033119-The-gymnasium-in-the-hellenistic-east.html](http://religiondocbox.com/Pagan_and_Wiccan/74033119-The-gymnasium-in-the-hellenistic-east.html)>).
- THUILLIER, J.P. (1996) *Le sport dans la Rome antique*, París, Editions Errance.



- THUILLIER, J.P. (2004), «Étrurie et Rome», en W. Decker & J.P. Thuillier, *Le sport dans l'Antiquité: Égypte, Grèce, Rome*, Paris, A. et J. Picard, 143–248.
- THUILLIER, J.P. (2018) *Allez les rouges! Les jeux du cirque en Étrurie et à Rome*, Paris, Éditions Rue d'Ulm.
- THUILLIER, J.P. (2021) «Etruscan events», en Futrell & Scanlon, 74–84.
- TONER, J. (2014) «Trends in the study of Roman spectacle and sport», en Christesen & Kyle, 451–461.
- UGOLINI, S. (2001) *Iscrizioni agonistiche greche di età romana: Grecia continentale e Mediterraneo occidentale*, Tesis doctoral, Università La Sapienza di Roma.
- VEGETTI, M. (1987) «Medicina e sport nell'antichità», en A. Mura et alii, *Athla e atleti nella Grecia classica*, Milán, Ricci.
- VERRATTI, V. (2009) *La pretesa abolizione delle Olimpiadi antiche fra romanità, ebraismo e cristianesimo*, Livorno, Belforte Salomone.
- WEILER, I. (1974) *Der Agon im Mythos. Zur Einstellung der Griechen zum Wettkampf*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- WEILER, I. (1981) *Der Sport bei den Völkern der Alten Welt*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- WEILER, I. (2004) «Theodosius I und die Olympischen Spiele», *Nikephoros* 17, 53–75.
- WEILER, I. (2014) «Recent trends in the study of Greek sport», en Christesen & Kyle, 112–129.
- WEILER, I. (2021) «“Professional” organizations in the Hellenistic world», en Futrell & Scanlon, 521–533.
- YOUNG, D. C. (1984) *The Olympic myth of Greek amateur athletics*, Chicago, Ares.
- YOUNG, D. C. (2014) «Professionalism in archaic and classic Greek athletics», en Scanlon (ed.), 82–94.
- ZALESKI, J. (2014) «Religion and Roman spectacle», en Christesen & Kyle, 590–602.